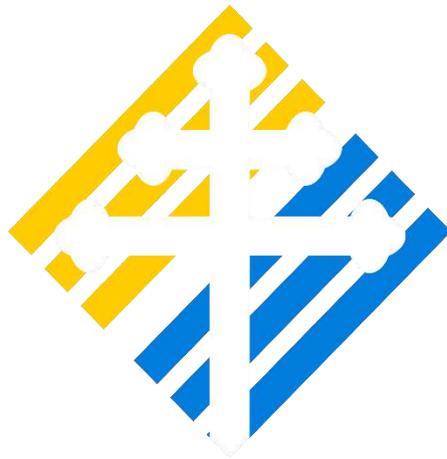


**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TRUJILLO
BENEDICTO XVI**

FACULTAD DE TEOLOGÍA

CARRERA PROFESIONAL DE TEOLOGÍA



**“LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN EL TRIDUO
PASCUAL SEGÚN LOS DOCUMENTOS DEL CONCILIO
VATICANO II”**

TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO PROFESIONAL DE LICENCIADO EN TEOLOGÍA

AUTOR: JHON BYRON ZAPATA MARULANDA

ASESOR: R.P. EDINSON FARFAN CORDOVA

TRUJILLO – PERÚ

2016

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a mi familia, a mi madre fundadora Selene Tamayo Sánchez, a mis formadores y a todos los hombres que buscan a Cristo, en la liturgia, teniendo en cuenta la acción del Espíritu Santo que ayuda a tener la unión íntima con Dios y con todo el género humano.

AGRADECIMIENTO

A mis familiares, a mis amigos, a mis hermanos y profesores, que con su ejemplo, oración y dedicación me han ayudado a dar un paso más en la formación humana y espiritual, me alientan a seguir el camino a la comunión con Dios, gracias a la acción del Espíritu Santo.

INDICE GENERAL

	pp.
INDICE GENERAL.....	III
INTRODUCCION.....	1

CAPITULO I

EL ESPÍRITU SANTO EN LA LITURGIA.....	5
1.1 La acción del Espíritu Santo en la celebración.....	5
1.2 La celebración litúrgica en la historia de la salvación.....	8
1.3 La epiclesis de la celebración eucarística.....	10
1.4 La unidad de la celebración, don del Espíritu.....	12
1.5 La Iglesia que peregrina para alcanzar la celebración definitiva.....	14

CAPÍTULO II

EL TRIDUO PASCUAL Y LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.....	17
2.1 MISA VESPERTINA DE LA CENA DEL SEÑOR.....	18
2.1.1 Inicio de la celebración del Jueves Santo.....	18
2.1.2 La liturgia de la Palabra.....	20
2.1.3 El lavatorio de los pies.....	21
2.1.4 La Institución de la Eucaristía.....	22
2.1.5 La Sagrada Comunión.....	24
2.2 CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR EN EL VIERNES SANTO.....	25
2.2.1 Inicio de la celebración del Viernes Santo.....	26
2.2.2 Liturgia de la Palabra.....	26
2.2.3 La Adoración de la Santa Cruz.....	27

INTRODUCCIÓN

El Triduo Pascual de Cristo que celebramos en la liturgia, en los días correspondientes de la Semana Santa, ha disminuido en la cultura postmoderna; pues en muchos pueblos este acontecimiento Pascual de Cristo, se ha visto reducido a simples distracciones, pasatiempos, que no nos permiten vivenciar los signos, gestos, símbolos, señales litúrgicas, que son esenciales para celebrar el Misterio Pascual.

El hombre aprende por medio de signos, señales y símbolos como: el agua, el fuego, el pan, el vino, a través de los cuales puede comprender lo que se realiza en las diferentes circunstancias. En cada celebración litúrgica estos signos y símbolos nos ayudan a comprender el plan que Dios tiene para cada uno, entregándonos su salvación que actualizamos en cada liturgia, en cada sacramento, pues el cristiano está sediento del amor de Dios.

La necesidad que tienen los cristianos de la vida sacramental es de enorme necesidad para nuestras vidas. Él Espíritu Santo por medio de su acción vivificadora en el corazón de la persona, vivir la experiencia sacramental es entregarse por completo a la presencia Trinitaria; la acción de Dios muestra frutos de vida, amor, esperanza y en los cristianos que somos llamados a ser portadores del Evangelio

En la celebración litúrgica del Triduo Pascual cada uno de los signos y símbolos que podemos destacar, como el lavatorio de los pies, la Cena del Señor, la adoración de la Cruz, la bendición del fuego, entre otros, juega un papel muy importante la acción del Espíritu Santo; pues desde el principio el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas, el elemento del agua es parte esencial de la vida del hombre, así mismo, el Paráclito quiere renovar y transformar la vida de todo cristiano.

Por eso, es oportuno realizar este trabajo de investigación cuyo tema es la acción del Espíritu Santo en el Triduo Pascual, según los documentos del Concilio Vaticano II, donde podemos comprender, cómo el Espíritu Santo es el que acompaña a la Iglesia desde los inicios y a todo cristiano en las celebraciones litúrgicas donde proclamamos el misterio de nuestra salvación.

A todos los creyentes que quieran conocer por medio de la celebración litúrgica los signos, símbolos y gestos en la celebración del Triduo pascual, todo lo maravilloso que puede hacer el Divino Paráclito en nosotros y en su Iglesia, pues, todos participamos de la liturgia que tiene una riqueza muy grande para llegar a comprender a un Dios que se ha hecho uno como nosotros para enseñarnos por medio de señales el Reino de Dios.

Redescubrir la importancia litúrgica de la acción del Espíritu Santo en el Triduo Pascual en los documentos del Concilio Vaticano II, nos permite reconocer el plan de salvación que el Padre por medio de Cristo ha entregado a la humanidad. Dejarnos mover por la acción del Espíritu sería, ser verdaderos cristianos que quieren profundizar y conocer el misterio de salvación, esto nos permite evangelizar a todos los hombres de buena voluntad.

El conocer más a fondo la liturgia y la acción del Espíritu Santo en la celebración del Triduo Pascual, por medio de signos, gestos, señales, teofanías, donde se puede ver, palpar la acción y presencia del Espíritu Santo por medio del agua (Gn 1,2; 6) por medio del fuego, la zarza ardiendo (Ex 3), por medio del soplo, el incienso ofrecido a Dios (Is 3), entre otros, donde se manifiestan en la celebración litúrgica. Por eso evoco el pensamiento de Carmen Alvares Alonzo, que desde su análisis Pneumatológico de la celebración del Triduo Pascual, lo explica claramente, ella, a través de sus escritos y su experiencia con la acción del Espíritu, nos ha motivado a realizar este pequeño trabajo, para encontrar sentido pleno al misterio de nuestra fe.

Otra de mis grandes motivaciones, es poner de manifiesto el lema que ha sido la fortaleza en el camino de mi vocación, que durante años de preparación y dedicación ha podido germinar, gracias a la acción del Espíritu Santo: “toda mi vida está en Cristo y, si no estoy dispuesto a morir en esta batalla, para participar de la Pasión, Muerte y Resurrección, entonces mi vida no está en él”. Gracias a la vivencia de la liturgia he podido comprender la importancia del misterio de nuestra fe, que nos permite alcanzar la comunión con Dios.

La Santa liturgia nos permite vivenciar el Triduo Pascual que es el centro y culmen de nuestra vida cristiana como lo presenta el Concilio Vaticano II, por eso, esta monografía constará de tres capítulos.

El primer capítulo describe la acción del Espíritu Santo en la liturgia, donde conoceremos cómo actúa en cada celebración, pues es importante también conocer su actuación en la historia de salvación y especialmente en nuestra Iglesia.

En el segundo capítulo, veremos la acción del Espíritu Santo en el Triduo Pascual en los días importantes de nuestra Redención: las vísperas del Jueves Santo, donde recordaremos el lavatorio de los pies y la Cena del Señor. El Viernes Santo su muerte donde entrega su Espíritu a la Iglesia y la Vigilia Pascual que con la alegría y gozo recordamos la gloriosa Resurrección de Cristo.

Y como último capítulo presentamos el aporte pastoral, que es de importancia para toda la Iglesia, pues saber participar y fomentar la celebración, es una riqueza que todos debemos cultivar como es la piedad popular, para fortalecer la fe de todo cristiano que quiera dejarse mover por la acción del Espíritu Santo.

Por medio de este trabajo queremos identificar la acción del Espíritu Santo y así resaltar su importancia en el Triduo Pascual, bajo la luz de las Constituciones Dogmáticas del Concilio Ecuménico Vaticano II. Además, después de comprender la acción del Espíritu Santo trataremos de indagar más a fondo acerca de los signos y símbolos litúrgicos, que el cristiano tiene en las celebraciones litúrgicas, a fin de lograr una praxis cotidiana que conlleve al encuentro y comunión con Dios, con su Iglesia y el pueblo cristiano, redimido por el santo sacrificio que en cada eucaristía actualizamos, gracias a la asistencia del Divino Espíritu.

Es la Santa Liturgia la que nos permite anunciar la historia de nuestra salvación, Pasión, Muerte y Resurrección, que son los fundamentos que hacen posible una fe viva y auténtica. El confesar continuamente al Dios vivo anima a la Iglesia a vivenciar el vínculo de la comunión, como Jesús enseñó a sus discípulos, y el Espíritu nos recuerda cómo debemos vivir en el amor para participar de la naturaleza divina de los hijos de Dios.

I

EL ESPÍRITU SANTO EN LA LITURGIA

En este capítulo pretendemos hacer una aproximación sobre cómo actúa el Espíritu en la liturgia, especialmente en el misterio de nuestra salvación “el Misterio Pascual”, pues es necesario conocer las riquezas de nuestras celebraciones, para que entendamos lo que el Maestro Jesús nos dejó en su acción salvadora.

El término Espíritu traduce el término hebreo Ruah, que en su primera designación expresa soplo, aire, viento”. Que actúa desde el principio de la creación aleteando sobre las aguas, dando vida a todo lo creado, renovando, santificando al hombre creado a imagen y semejanza de Dios, por eso es necesario redescubrir su presencia en las celebraciones litúrgicas.

1.1. La acción del Espíritu Santo en la celebración.

SARTORE Y TRIACCA (1987) nos ayuda a poder profundizar en el papel del Espíritu en la celebración litúrgica. Cristo por medio de su resurrección nos ha comunicado su gracia en los sacramentos y demás acciones litúrgicas, actúa por su Espíritu. Cada vez es más gozosa la convicción de que el protagonismo del Espíritu hace eficaz los sacramentos, la oración, el dialogo salvífico entre Dios y su comunidad (p.3).

Muchas veces, el cristiano está acostumbrado a celebrar la Sagrada Liturgia, sea por rutina, compromiso social, por festividades patronales. Tal vez, por ello no se alcanza a entender los muchos significados contenidos en la celebración; esto se debe, por lo general, a la falta de instrucción por parte de los ordinarios diocesanos, los párrocos, los agentes pastorales, los fieles comprometidos y cuantos han recibido de Dios la gracia de participar en sus misterios. En vista a ello, la Iglesia, con su preocupación, ha dado nuevos aires a la liturgia, a través de la reforma conciliar inscrita en el Vaticano II.

El Concilio Vaticano II ha trabajado en la recuperación de la teología del Espíritu. En las respectivas constituciones apostólicas, como la *Lumen Gentium* y *Sacrosanctum Concilium*, se nos describe el doble movimiento: “ 1) de descenso, desde la iniciativa del Padre, por mediación del Hijo, en la fuerza del Espíritu; 2) de ascenso, en el impulso del Espíritu, por

la mediación redentora de Cristo, al Padre” (Constitución Dogmática: Lumen Gentium, 1964, n.04).

El Espíritu Santo, a diferencia del Hijo, no se encarna en nadie, sino que desde los orígenes se encuentra “revoloteando sobre las aguas” siempre mueve a las personas, grupos, comunidades y pueblos; pero especialmente se puede ver su acción desde la celebración litúrgica, donde genera vida, porque nos ayuda a conocer el camino de salvación; Jesús de Nazaret “camino, verdad y vida”.

La presencia del Espíritu Santo se encuentra reflejada en las acciones y en la vida humana, pero de forma especial en la liturgia que es donde Cristo se vuelve a entregar por amor y nos demuestra su acción salvífica. (ABAD Y GARRIDO, 1988, p.23).

En las celebraciones litúrgicas, debemos tener en cuenta que no son arte de magia o espectáculos donde se vivencian cosas extraordinarias, no, el Espíritu actúa desde la sencillez, desde los pequeños gestos, símbolos, señales, como el pan y el vino que por su acción se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo, para darnos a conocer la grandeza de Dios obrada por Jesucristo en cada uno de los sacramentos.

La acción sacramental, nos muestra una realidad espiritual, basada en la experiencia con Dios, el Espíritu Santo actúa de manera efectiva en la realidad sacramental. Los actos realizados por la Iglesia en lo concerniente a los sacramentos, no debería ser confundido por un espiritualismo, gnóstico o docetista. (Borobio, 2000, p.247).

La acción del Espíritu nos permite participar del Misterio Pascual de Cristo, donde nos hacemos partícipes de la Naturaleza Divina, por tanto, el Espíritu en el evento Pascual que constituye el doble vínculo entre Dios y Cristo y entre el Resucitado y nosotros “en la Resurrección une al Padre con el Hijo, resucitado de entre los muertos, y a los hombres con el Resucitado, haciéndolos vivos con nueva vida”. (Forte, 1994, p.64).

El participar de la celebración litúrgica y el tener en cuenta el regalo más grande que Dios ha hecho al hombre, que es otorgarle gratuitamente la salvación por medio del sacrificio en la Cruz, permite al ser humano sentir la presencia del Consolador que el mismo Cristo prometió.

La obra que hace el Espíritu en nuestras vidas, comunidades, pueblos y corazones, la experimentamos por medio de mociones que nos permiten aflorar sentimientos de alegría y gozo, y vivenciamos también en todas las celebraciones la presencia del Espíritu Santo, que es especialmente perceptible en las acciones litúrgicas. (Abad Y Garrido, 1988, p.23).

El Espíritu Santo nos ayuda a vivir en la unidad del Misterio Pascual de Cristo que es el misterio de nuestra fe, pues cada vez que asistimos a la Iglesia proclamamos en cada celebración Eucarística en el momento de la consagración, diciendo como respuesta: “Éste es el misterio de nuestra fe, anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección, ven Señor Jesús”.

El Espíritu de Dios nos llama a la unidad, la Iglesia se apertura a su accionar del Espíritu Santo y llamados a la unidad por el mismo Cristo (Jn 17), nos convoca en un mismo lugar y a experimentar los misterios de la unidad. El cuerpo y la sangre de Cristo, nos invita a vivir siempre unidos en el Señor. (Borobio, 2000, p.247).

Participar de la celebración eucarística nos hace vivir en comunión con Dios, y con la Iglesia, pues el vivir en comunión es una acción del Espíritu Santo que permite que el hombre pueda encontrarse con aquel que nos ha dado la existencia para vivir con Él: como lo expreso en el evangelio de San Juan “Padre que ellos sean uno como tú y yo somos uno”.

La acción del Espíritu Santo hace de esta carne sacratísima, de la Sagrada Eucaristía un memorial vivificante, todos los participantes de la vida litúrgica experimentamos de los beneficios terrenales y celestiales. (Forte, 1994, p.221-222).

La acción del Paráclito nos hace exclamar con alegría y gozo que Cristo Jesús no se ha quedado colgado de un madero, ni se quedó en un sepulcro, Jesucristo Resucito con poder, venciendo el pecado y la muerte, para que vivamos junto a Dios por medio de la oración, las buenas obras, los sacramentos y la vivencia de la liturgia, que son medios que el Espíritu nos concede para encontrarnos en el gozo eterno.

El Espíritu Santo es el que santifica y renueva a la Iglesia, a cada nación, a cada pueblo, a cada cristiano, para cumplir su misión en el mundo, y por el Misterio Pascual donde vivenciamos el sacrificio eucarístico nos otorga un anticipo del Reino de Dios.

Así pues, el Espíritu actúa entregando vida y llevándonos a la unidad por medio de la Eucaristía, en su misterio más profundo de participación en la vida Trinitaria, y en su manifestación externa por la unidad en la palabra, los sacramentos y el ministerio (Borobio, 2000, p.225).

Todo cristiano es movido por la acción del Espíritu Santo en la celebración Eucarística donde puede clamar e invocar a Cristo como el Santo de Dios: "Nosotros sabemos y creemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6,69).

En la celebración litúrgica todos los cristianos deben dejarse conducir por la acción del Espíritu Santo, “pues es él que tiene como misión dar testimonio de la glorificación de Cristo; lo dará primero, en el corazón, de los Apóstoles y luego a través de ellos, a todo el mundo”. (Basabe, s. f, p.895).

1.2. La celebración litúrgica en la historia de la salvación.

Es importante tener en cuenta que Dios siempre ha actuado por medio de la historia de la humanidad como lo comprobamos en la Sagrada Escritura: “En diversas ocasiones y bajo diferentes formas Dios habló a nuestros padres por medio de los profetas, hasta que en estos días, que son los últimos, nos habló a nosotros por medio de un Hijo, a quien hizo heredero de todo, ya que por él dispuso las edades del mundo” (Hb. 1,1).

Cristo no sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte y nos condujo al Reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica (CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática: Sacrosanctum Concilium, 1963, n.06).

Constitución Dogmática: Sacrosanctum Concilium (1963) afirma que los cristianos a través de la historia se han reunido siempre como comunidad por medio de la efusión del Espíritu para proclamar la grandeza de Dios, pues la Iglesia nunca ha dejado de congregarse para celebrar el Misterio Pascual, y lo hace en comunidad a través de unas palabras y unos signos eficaces, que hace que sea el propio Cristo quien ejerce el culto público integro (n.07).

La celebración litúrgica es el lugar donde recordamos las presencias Trinitarias, que se han manifestado a través de la historia y donde se hacen posibles, gracias a la acción del Espíritu, las interacciones entre lo Divino y lo humano. Es un lugar de comunicación con Dios, y también con los hombres (Lucas, 2012, p.140).

Durante toda la historia, Dios sea manifestado al hombre, para mostrarle su amor y su amistad, pero especialmente preparándole por medio de alianzas que hizo con los antiguos padres y profetas, la liberación definitiva que se viviría con el Mesías el salvador de los hombres.

El Misterio Pascual es el origen histórico de la liturgia, pues la glorificación y la santificación del hombre proceden de la acción de Cristo y de la acción del Espíritu Santo que es vida hecha historia, no ideológica, cuya celebración actualiza esa historia, mediante la cual nuestra historia, individual y social se hace historia de salvación (Fernández, 2005, p.137).

El recordar nuestra historia de salvación nos llena de alegría por la obra de liberación realizada en Cristo por medio de su sangre, el conmemorar nuestra salvación es acción del Espíritu Santo en la comunidad “La liturgia es, no solo la celebración y significación de un recuerdo, sino sobre todo la celebración o actualización del Misterio Pascual”. (Fernández, 2005, p.137).

La forma como aprende el ser humano es por medio de signos y señales y el Espíritu Santo actúa desde toda la historia por medio de grandes signos como el fuego, el aire, el viento que son manifestaciones de su presencia con nosotros, para que podamos comprender que el Espíritu Santo acompaña al hombre en su historia hasta que alcancemos la gloria eterna.

Los hechos históricos que ha pasado el pueblo de Israel nos permiten vivenciar la acción del Espíritu; con la columna de fuego que atajo a los Egipcios, el abrirse el mar rojo en dos y la nube que acompañaba al pueblo en el desierto entre otros, nos permiten ratificar la presencia del Espíritu en nuestra liturgia donde se actualiza el acontecimiento histórico de Cristo. El Espíritu Santo suscita en todo corazón una experiencia con Dios y es necesario que su manifestación sea histórica y de forma visible.

La Iglesia es el cuerpo visible de Dios por medio de ella actúa y congrega a los hermanos en la fe, Dios realiza por medio del Espíritu Santo que obra en ella y por ella, esto lo descubrimos en un doble sentido: “Por una parte, el Espíritu “hace” a la Iglesia, que en la concepción virginal de María ha cubierto su vientre y ha forjado el desarrollo de la vida de Cristo. El Cuerpo místico de la Iglesia va creciendo en el amor, la santidad y la unidad desde Pentecostés”. (Borobio, 2000, p.247).

Toda la vida del cristiano es historia acompañada por el amor misericordioso de la Santísima Trinidad que a través de la historia sigue invitando a la humanidad por medio de las celebraciones litúrgicas a participar de los hechos salvíficos realizados por Cristo, junto a la acción del Espíritu Santo.

En la liturgia no se puede obviar la unidad que nos muestra el Antiguo y Nuevo Testamento, lo que se encuentra profetizado en la antigüedad, se hace realidad en la persona de Cristo por medio de su salvación. (Abad Y Garrido, 1988, p.22).

La vida y experiencia del hombre en el encuentro personal con aquel que ha interrumpido en nuestra historia, para que tengamos vida en Dios, nos permite experimentar los albores de los frutos de la salvación. Para poder introducirnos en la vida de Dios, el encuadrarnos en

esta vida es propia de la efusión del Espíritu Santo, realizada en la historia a través del corazón de todos los hombres.

Cuando nos referimos a la historia de nuestra salvación que recordamos por medio de la liturgia nos acordamos de todos los momentos en que Dios ha interrumpido para darnos a conocer la voluntad de Dios y su voluntad es que nos hagamos santos por que el Padre es santo o como lo expresa el apóstol Pablo “la voluntad de Dios es que sean santos” (1Tes 4) la santidad es misión, acción del Espíritu Santo que quiere que todos llegemos al conocimiento de la verdad.

La liturgia por medio de sus cuatro ciclos, nos ha manifestado la experiencia salvadora de Cristo muerto y resucitado por amor a la humanidad. La liturgia no solamente es un círculo de datos, sino que también entrega la experiencia renovadora por medio del Espíritu Santo.

Es importante recordar que en el transcurso de la historia de salvación se han dado las alianzas de Dios con su pueblo que por medio de Moisés con el cordero Pascual rociando con sangre al pueblo se da la antigua alianza, ahora con Cristo cordero Pascual con su propia sangre ha sellado la alianza nueva y eterna.

1.3. La epiclesis de la celebración eucarística.

Son casi dos mil años en los que, domingo a domingo, semana tras semana, la comunidad cristiana no ha cesado de reunirse, hasta el día de hoy, para celebrar un acontecimiento histórico, que se actualiza en la celebración de la Santa Liturgia, en el que el Espíritu Santo nos ayuda a vivenciar la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús; cumpliendo así su mandato («haced esto en memoria mía») y acogiendo a su promesa («yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»).

El cristiano siempre ha necesitado invocar, suplicar la presencia de Dios en medio de su historia, para poder alcanzar los favores de Dios y de esta manera alcanzar su amistad, tenemos como ejemplo nuestros primeros padres y patriarcas que invocaron la misericordia de Dios en medio de sus tribulaciones y dificultades y pudieron encontrar respuestas.

El apóstol Pablo nos enseña a invocar la misericordia de Dios en medio de nuestras luchas y dificultades, pues es el Espíritu Santo el que viene en nuestra ayuda y nos permite exclamar “Abba Padre” (Rom 8) permitiendo que haya una comunión con Dios, viva, eficaz y real. La

Epiclesis¹ “es una invocación o súplica, que incluiría todavía la Anáclisis² anámnesis, pidiendo la acción e intervención del Espíritu”. (Borobio, 2000, p.212).

La epiclesis es la invocación de la presencia de la Santísima Trinidad, sobre todo por su Espíritu, de manera que el signo sacramental sea santificador y produzca los efectos espirituales de gracia y unidad que en él se significan.

Cuando hablamos de memorial en la liturgia, no solamente es un recuerdo, es proclamar nuevamente la fe de la Iglesia, es hacerlo vida la entrega de Cristo en la cruz. Esta nueva alianza entregada en el calvario, sigue haciéndose realidad y vida en cada sacrificio eucarístico. (Borobio, 1988, p.203).

La epiclesis es la oración propia de la celebración Eucarística donde se pide que envíe al Espíritu Santo, para que con su fuerza y poder transforme el signo del sacramento (en la eucaristía, el pan y el vino), la asamblea participante, en la liturgia actualiza las maravillas obradas en la historia de la salvación, desde la creación del mundo, y cuyo centro es Cristo, sobre todo en su Misterio Pascual.

La epiclesis nos recuerda, pues, que la Iglesia no puede forzar la presencia de Cristo; sólo le cabe, como María, esperar confiadamente y rogar que esa presencia singular acaezca en su seno en beneficio de los hombres, sus miembros. De aquí la íntima relación entre “epiclesis” y “anámnesis”³. Sólo a partir del recuerdo vivo y agradecido de las proezas salvadoras de Dios en Jesucristo y que es fruto asimismo de la acción conmemorativa del Espíritu, “que os recordará todo lo que yo os he dicho” Jn 14,26 (Garza, 1983, p.602).

La celebración de la Eucaristía nos ofrece dos Epiclesis. La primera aparece antes de la consagración sobre las especies del pan y el vino. La segunda, donde se invoca al Espíritu sobre la comunidad, para que la fortalezca y una en el amor; ésta es pronunciada después de la consagración. En todo caso, la Epiclesis resalta la presencia viva, la actuación transformante y la fuerza santificadora, del Espíritu por la que actúa Cristo, a través de los signos sensibles.

La Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el Misterio Pascual: leyendo “lo que se refiere a él en toda la Escritura”, celebrando la Eucaristía, en la cual “se hace de nuevo presente la victoria y el triunfo de su Muerte” y dando gracias al mismo tiempo “a Dios por el don inexplicable” en Cristo Jesús, “para alabar su gloria”, por la fuerza del Espíritu Santo» (SC, 06)

¹ La palabra epiklêsis es un sustantivo derivado del verbo griego epikaiein, invocar, por lo que significa deprecación o invocación. El sustantivo epiklêsis no aparece en el Nuevo Testamento, donde sí se encuentra la forma verbal epikaiein en pasajes en los que se habla de «invocar el nombre» de Dios o de Cristo (cf. Hch 2,21; 9,14; 22,16; 1 Cor 1,2; véase también Rom 10,12; 2 Tim 2,22; Sant 2,7s).

² La palabra Anáclisis es lo inverso de epiclesis, es el movimiento ascendente de repuesta de parte del hombre. La Iglesia da gloria a Dios en el Espíritu Santo, por el Hijo, al Padre.

³ La palabra anámnesis es presencia tanto del acontecimiento pasado (actualización) como del acontecimiento futuro (avance).

Garza (1983) dice que cada vez que un cristiano invoca o hace una epiclesis en los estados de su vida o en los momentos de las celebraciones litúrgicas nos recuerda, además, que la consagración no sólo es consagración de los elementos, sino también de la comunidad y de las personas que la constituyen (p.602).

La acción del Espíritu Santo en la liturgia es él que conmemora los eventos salvíficos en la memoria eficaz del misterio celebrado y vivido, “el Paráclito el que el Padre enviará en mi nombre, él os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho” (Jn 14,26). “La transformación eficaz del sacramento y de la comunidad sólo puede suceder en virtud del poder del Espíritu del Señor Resucitado. La gracia es al mismo tiempo Pascual y Pneumática”. (Borobio, 2000, p.211).

Es la acción del Espíritu Santo en las celebraciones litúrgicas que nos permite invocar a Cristo que se hace presente en el sacramento de unidad, donde todos los cristianos participamos de los bienes celestiales.

1.4. La unidad de la celebración, don del Espíritu.

Todo en la vida histórica tiene un orden y unidad, pues “en el principio todo era un caos y confusión pero el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas”, es el Espíritu que armoniza toda la creación que le da vida y sentido, para que el hombre sea un buen administrador de todo lo creado, es por eso que en la celebración litúrgica se puede detallar la unidad de la celebración en el acontecimiento salvífico de Cristo obrado en la efusión del Espíritu Santo.

El Concilio Vaticano en su documento sobre liturgia nos menciona que la liturgia es la cumbre y la fuente de donde procede toda fuerza de fe, esperanza y caridad. Por medio de la fe nos congregamos en la vida del Señor, cantamos alabanzas y rendimos culto a Dios en cada celebración litúrgica (SC, n.10).

En la Sagrada Escritura vemos una unidad, el Antiguo Testamento con el Nuevo Testamento, en la liturgia también se ve una unidad la liturgia de la Palabra y la liturgia Eucarística, de donde se encuentra los dos alimentos necesarios para todo cristiano, estos alimentos son acciones del Espíritu que nos permiten transformar nuestra individualidad en comunidad.

Cuando leemos el Antiguo Testamento debemos hacerlo teniendo en cuenta el Nuevo Testamento donde se unen en la persona de Cristo, en el Antiguo fue anunciado como el

Mesías esperado y en el Nuevo Testamento es la plenitud de la revelación dada en la persona de Cristo, en la liturgia se puede experimentar la unidad de la Palabra de Dios que quiere transformar los corazones de los hombres.

Los escritos del Nuevo Testamento nos muestran la acción del Espíritu Santo unidas a las obras de Cristo, las primeras comunidades también experimentan de esta realidad en sus primeras predicaciones y los discípulos de Emaús también al partir el pan exclaman la verdad sacramental “les ardía el corazón” (Jn 24,32) .

El Consolador es el que actualiza la obra de Cristo, en cada celebración Eucarística realizada en el Misterio Pascual haciéndola presente y operante en la variedad de la historia humana, pues, es “el Espíritu de la verdad, es decir, el Espíritu de la fidelidad de Dios, que alcanza las diversas situaciones históricas y las redime con su amor transformador y vivificador”. (Bruno, 1994, p.69).

El Espíritu une a los creyentes con el Padre y entre sí, por medio de la liturgia, llena los corazones de la gracia que viene de lo alto; infunde en nosotros el amor de Dios, Gracias a él somos capaces de amar, de perdonar, de acoger la palabra Encarnada que convierte los corazones de todos aquellos que son dóciles a la voz de Dios, así como transformo el corazón de la Virgen María “dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Luc 11, 27-28).

El Apóstol Pablo recomienda como debemos vivir en la unidad de la Iglesia en la celebración Eucarística “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque; aun siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues, todos participamos de un solo pan”. (1 Cor 10, 16-17).

Con el Cuerpo y la Sangre de Cristo se forma una unidad y comunión, son pues acciones del Espíritu Santo que nos permiten llegar a la plenitud de la vida cristiana por eso Jesús decía: “El tomará de lo mío para revelárselo a ustedes, y yo seré glorificado por él. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso les he dicho que tomará de lo mío para revelárselo a ustedes” (Jn 16,14-15).

En la participación Eucarística, con la comunión sacramental nos unimos íntimamente a Cristo, nos hacemos uno en el Señor y nos convertimos en portadores de su amor a los

hermanos. En cada acción litúrgica nos unimos íntimamente también a la Iglesia de Cristo y su acción salvadora.

Esta comunión del cuerpo y la sangre de Cristo es la acción propia del Espíritu Santo que permite a todos los cristianos formar un solo cuerpo con la cabeza que es Cristo, que quiere la salvación y santificación de todos los hombres.

La unidad de los fieles en cada celebración constituye un solo cuerpo en Cristo en la unidad Eucarística. La participación del creyente en la vida sacramental de la Iglesia, nos lleva a una unidad constante con Cristo y su Iglesia. (LG, n.03).

1.5. La Iglesia que peregrina para alcanzar la celebración definitiva.

La Iglesia, peregrina en este mundo, anhela estar con su fundador que es Cristo, para esto debe permanecer unida a la enseñanza y doctrina, que comunico a los Apóstoles y estos a todas las naciones de la tierra “la Iglesia, nueva creación, no puede nacer sino del Espíritu, del que tiene su nacimiento hay que nacer del agua y del Espíritu de Dios (Jn 3,5s)”. (Dufour,1965, p.262).

“Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa, la Iglesia en las acciones litúrgicas” (SC, n.07), por tanto esta acción litúrgica obrada por el Espíritu Santo nos permite alcanzar la celebración definitiva que hemos de contemplar, viviendo el cielo desde la tierra. Cristo ha fundado su Iglesia en la fe de San Pedro y en cada acción la Iglesia peregrina se une a la triunfante, en la cual pregustamos de la eternidad (SC, n.8).

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, por tanto, debe permanecer unida a la cabeza, y la celebración litúrgica nos permite estar unidos con aquel que ha pagado con sangre nuestro rescate, pues, una vida sin Cristo no tendría sentido, él es el fundamento de nuestra existencia. La liturgia es la realidad comunitaria, es la unión de los hermanos llamados a vivir los dones teologales y por medio de ellos encontrar la unidad de los hermanos y también con Cristo.

La Constitución Dogmática *Sacrosanctum Concilium* nos menciona que Lo más importante como comunidad creyente, es saber que no debemos actuar bajo nuestros intereses privados, más bien tomar conciencia que la liturgia nos une en intereses públicos, donde se preocupa por la salvación de todos, por eso “las acciones litúrgicas no son acciones privadas sino

celebraciones de la Iglesia, Pueblo Santo de Dios jerárquicamente organizado”, al cual “pertenecen, manifiestan e implican (n.26).

La acción del Espíritu que se vive en la celebración litúrgica abre el corazón del Dios Trinitario al mundo de los hombres, hasta hacer posible el ingreso del Hijo en el exilio de los pecadores, y unifica cuanto está dividido, hasta el supremo cumplimiento de la reconciliación Pascual (Forte, 1994, p.64).

El Apóstol San Pablo nos recuerda que somos Templos del Espíritu Santo (Rom 8) casa del mismo Dios que desea que vivamos en la morada celestial: “me voy a prepararles un lugar y volveré para tomarlos conmigo, para que donde yo este, estén también ustedes” (Jn 14, 3).

En la liturgia la Iglesia hace experiencia de su ser y de su existir. La liturgia es la misma Iglesia en su relación simbólica más densa con Dios y con su totalidad. La liturgia es y seguirá siendo el símbolo más pregonado de vida cristiana, la forma más original que tenemos los creyentes para decir la salvación que nos ha sido dada, la esperanza que nos inunda (Borobio,1988, p.9)

La Iglesia tiene una gran misión en esta tierra, poder encontrar a Cristo que es la verdad y poder perseverar en esta verdad para seguir anunciando el Reino de Dios con la fuerza del Espíritu Santo que quiere transformar el corazón de todos los hombres la cual la Iglesia “cuya misión y ministerios se identifican con los de su Fundador, encuentra en la liturgia “la cumbre hacia la cual orienta toda su actividad y, al mismo tiempo, la fuente de donde extrae toda su fuerza” (SC, n.10)

La Iglesia de Cristo se encuentra presente en las Iglesias particulares, la fe del pueblo reunido entorno al Señor hace posible las promesas evangélicas (Mt 18,20). Que, unidos a sus pastores experimentan la gracia de Dios, la grandeza de la Iglesia universal se comienza a descubrir desde la experiencia de las particulares. (1 Tes., 1,5).

En la Iglesia se congregan los fieles por la predicación del Evangelio y se celebra el Misterio de la Cena del Señor para formar una sola comunidad fraterna. En toda celebración, litúrgica los cristianos están unidos junto con los representantes de Cristo.

En estas comunidades, por más que sean con frecuencia pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual con su Espíritu da unidad a la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica.

La liturgia es la realidad más viva y la expresión más elocuente de la vida de la Iglesia. Por la liturgia la Iglesia dice su identidad reconocida, su mismidad renovada. En la liturgia la Iglesia hace experiencia de su ser y de su existir. La liturgia es la misma Iglesia en su relación simbólica más densa con Dios y con su totalidad (Borobio,1988, p.9).

Para concluir, vemos que los últimos años en la Iglesia de América Latina han significado un crecimiento en la autoconciencia de sí misma, y en la búsqueda de comprender y asumir los desafíos que la época moderna y post-moderna nos propone, ha crecido en una más clara y profunda comprensión de su propia identidad y misión y su camino ha sido siempre el hombre concreto.

II

EL TRIDUO PASCUAL Y LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

El término de “Triduo Pascual” hace referencia a los tres días principales en los que conmemoramos la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Comienza el Jueves Santo (Cena del Señor, lavatorio de los pies y el mandamiento del amor), seguido del Viernes Santo (muerte del Señor), y culmina con Sábado Santo (Vigilia Pascual de Resurrección).

Con la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, acontece la liberación plena de la esclavitud del pecado y de la muerte, esto nos recuerda la Antigua Alianza del pueblo de Israel y la constitución perfecta del pueblo elegido (la Iglesia), la nueva y definitiva Alianza, ahora a favor no sólo de una nación, sino de todos los hombres.

Lo que vivenciamos durante estos tres días del Triduo Pascual se actualiza en cada Eucaristía, pero como cristianos nos limitamos simplemente a ser oyentes o espectadores olvidadizos, que dejamos pasar por alto todos los gestos, símbolos, señales, rubricas, por medio de los cuales el Santo Paráclito obrará para comprender el misterio de nuestra salvación.

Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que le traicionaron, instituyó el sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la Cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su Pasión, Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera (SC, n.47).

Por eso es necesario pedir la ayuda del Espíritu Santo, para que no nos encuentre desprevenidos ni pasivos, sino, capaces de vivir en la liturgia la comunión con Dios. Cuando contemplamos el Misterio Pascual de Cristo recordamos que debemos estar dispuestos a dar nuestra vida por los demás.

La liberación y reconciliación con Dios, preparada y prefigurada en las grandes obras realizadas en el Antiguo Testamento, ha llegado a su culmen en la Pasión. Muerte y Resurrección, Ascensión de Cristo, acontecimiento al que la SC, con expresión tomada de la antigua eucología llama “Misterio Pascual” (Sortere y Triaca, 1987, p.1342).

La acción del Espíritu Santo que se manifiesta en la liturgia con signos, símbolos, señales que permiten abrir nuestra mente, para que entendamos la riqueza que se encierra en la celebración y que nos recuerdan aquellos hechos de la biblia tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que tal vez hemos leído rápidamente sin tener en cuenta, la presencia del Espíritu Santo que obra de la manera más sencilla, para que comprendamos el plan divino de Dios obrado en Jesús a través de su acción santificadora.

2.1. Misa vespertina del jueves Santo la Cena del Señor.

Las vísperas del Jueves Santo tiene momentos de alegría y gozo por la cena del Señor, pues el mismo Jesús lo manifiesta “con cuanta alegría he deseado compartir esta Pascua con ustedes” esta alegría es signo de la presencia del Espíritu Santo, que da alegría al cristiano, para que la alegría de Jesús sea la nuestra.

Dentro de la liturgia también hay momentos de silencio, recogimiento. Cuando Jesús dice: “tengo angustia y tristeza de muerte” estos momentos permiten vivenciar con mayor fuerza la acción del Espíritu, pues él habla por medio del silencio o en los momentos difíciles de nuestra vida; por eso es necesario hacer un alto en el camino para escuchar a Dios y vivir el Triduo Pascual.

En las indicaciones que aparecen en el misal romano, la misa vespertina de la Cena del Señor debe celebrarse con la asistencia de toda la comunidad, ya que la liturgia no es algo privado sino algo público, donde los cristianos manifestamos la cercanía con Dios, esta manera de vivir la liturgia en comunidad es acción propia del Espíritu Santo que nos une con el Padre y con el Hijo.

2.1.1. Inicio de la celebración del Jueves Santo.

Al inicio de esta celebración litúrgica el sagrario debe de estar completamente vacío, este elemento que parece insignificante, donde no le damos mucha importancia tiene un valor y significado Pneumatológico muy grande, pues la acción del Espíritu Santo actúa en estas pequeñas cosas, para darnos a entender el designio de Dios Padre.

El sagrario vacío nos permite recordar aquella nada primordial, a partir de la cual Dios dio inicio al ser de toda la creación material, inaugurando así la historia de la salvación. Una nada en la que “el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas” (Gn 1,2) este comienzo nos ayudará a ver en varios momentos bíblicos como actúa el Espíritu Santo (Alvarez, 2008, p.69).

También nos lleva a recordar la nueva creación realizada en Cristo por medio del seno virginal de la Joven Virgen, que estuvo vacío, inmaculado para recibir al Dueño de la vida, este hecho nos hace referencia al misterio de la Encarnación, que es donde se inaugura el nuevo orden de la gracia que se obró a través de la acción del Espíritu Santo (Lc 1) la promesa de salvación se ha cumplido con la Encarnación del Dios humanado, “se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres”(Fil 2).

Beteta (1997) nos explica como el cristiano tiene que ser inspirado por Dios, el cual nos da el ejemplo de la Virgen María, que nos muestra el camino para el encuentro con Dios. Por medio de su fiat ha respondido generosamente al llamado de Dios, nadie ha tenido un encuentro tan personal con el Espíritu Santo como la Virgen María, ella es llena totalmente del Espíritu de Dios.

La acción del Espíritu Santo en el seno virginal de la Virgen María ha realizado el milagro de la concepción, no se ha necesitado de ningún rito solamente ha bastado la fe en el Señor “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). En la liturgia se necesita de fe pero también es necesario los ritos para la acción santificadora que ha entregado Cristo a su Iglesia.

Es pues necesario reconocer desde el misterio de la Encarnación obrado por el Espíritu Santo, la promesa de Dios a la humanidad, “la descendencia de la Mujer aplastará tu cabeza” (Gn 3,17). En la oración colecta que se dice para iniciar esta celebración litúrgica hay un significado Pneumatológico, al decir: “Dios nuestro que nos has convocado hoy para celebrar aquella misma memorable cena en la cual tu Hijo único, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el Sacrificio Nuevo y Eterno, sacramento de su amor”.(Misal Romano,2011,p.380)

Convocar, congregar son verbos propios de la acción del Espíritu Santo, pues él es quien reúne en la liturgia a los hijos dispersos y hace de ellos miembros de un solo y mismo cuerpo espiritual que es la Iglesia, es la comunión vital con la cabeza que es Cristo. (1Cor 12). (Alvarez, ,2008,p.232.

Esta acción del Espíritu de unir el cuerpo con la cabeza que es la Iglesia de Cristo, que subsiste gracias a la presencia activa que ejerce el Paráclito, en la celebración litúrgica, para llevar a cabo la comunión de los hombres con Dios. Para que la Iglesia permanezca en unidad, debe vivir en el amor, este término amor corresponde a la acción del Espíritu en cada cristiano, que invita a vivir en comunión en ese momento litúrgico especial de la fracción del pan (Hch 2,42).

La oración colecta termina pidiendo la “plenitud de amor y de vida” como los dones propios del Espíritu Santo y específicos de esta celebración de la Cena del Señor. El termino vida recoge aquí, además, todo un beneficio temático que vincula el tema de la vida y la fecundidad espiritual, en la Iglesia y en cada cristiano, a la acción del Espíritu Santo (Alvarez, 2008, p.232).

2.1.2. La liturgia de la Palabra.

La proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia es también un momento Pneumatológico, pues la asamblea litúrgica es convocada en primer lugar para escuchar a Dios que le habla “¡ojalá escuchéis hoy su voz! No endurezcáis el corazón como en Meribá” (Sal 94), por tanto es el Espíritu Santo que está presente tanto en el que proclama, como en el que escucha.

Entre las lecturas propuestas se encuentra el pasaje de Ex 12 en que se describe como, durante la celebración de Pascua, la sangre del cordero fue rociada en el dintel de las puertas de las casas de los Israelitas: “tomareis la sangre y rociareis las dos jambas y el dintel de la casa” la sangre será vuestra señal. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros” (Ex 12, 7-13). Esta lectura del libro del Éxodo es anticipo y anuncio de la íntima conexión que hay entre la misa de la Cena del Señor y la antigua Pascua Judía.

El cordero pascual en el Nuevo Testamento es sustituido por el cuerpo mismo de Cristo, que se entrega ya no solamente en un altar, sino que se eleva en la cruz de la manera más marginal y nos entrega por medio de su pasión el sacramento por excelencia. Nos ha entregado una nueva alianza, un nuevo sacramento, un sacrificio de amor y esperanza para todos nosotros, Cristo se vuelve a entregar en cada celebración, nuevamente recordamos su pasión y resurrección.

El Señor reconocía a los suyos precisamente por la unción con la sangre de aquel cordero Pascual. Una sangre que ahuyentaba la muerte de la plaga exterminadora porque era portadora de la vida de Dios. Esa marca de sangre que preservó de la muerte a los Israelitas durante la celebración de la Pascua anunciada ya, a la luz del Apocalipsis, es el sello con el que había que marcar a los elegidos (Ap 7,3). En el momento de beber del cáliz en la liturgia eucarística seremos rociados y marcados con esa sangre de Cristo, portadora de la vida de Dios que se nos comunica en el Espíritu Santo. En el dintel de nuestra existencia llevaremos entonces impresa la unción de la sangre de Cristo, ese sello del Espíritu, que indica que en nuestra casa, hemos comido y participado en el banquete Eucarístico del verdadero cordero Pascual.

2.1.3. El lavatorio de los pies.

En el evangelio de Juan 13 se nos habla del lavatorio de los pies, que tiene además un significado Pneumatológico por los elementos que se encuentran, los discípulos reunidos en torno a Jesús que les enseña, el agua como elemento de vida y purificación que nos recordará el sacramento del bautismo. “El lavatorio de los pies demostraría que el amor, la caridad cristiana, no es sólo una palabra fácil, sino algo que nos lleva a la acción y al servicio, especialmente al de los pobres y al de cuantos pasan necesidad (Zevini y Giordano,2002, p.445).

Alvarez (2008) nos menciona que en el contexto litúrgico de la celebración del Triduo Pascual, el lavatorio de los pies podría tener, además de un cierto carácter y sentido penitencial, resonancias bautismales y Pneumatológicas. El elemento purificador por excelencia es el agua, tradicionalmente asociada en el ámbito sacramental a la acción del Espíritu Santo (p.237).

Por la acción de poner agua en el lebrillo se significa la efusión de su sangre sobre la tierra. Puesto que la sangre de Jesús puede llamarse agua por la virtud que tiene de lavar. De ahí que simultáneamente saliera agua y sangre de su costado para dar a entender que aquella sangre lavaba los pecados (Santo Thomas,1948, p.64)

Acuérdate de mí miseria y mi vida errante, de mi ajenjo y amargor (Lam 3, 19). También por medio del sacrificio de la cruz no solamente ha llevado al extremo la obediencia a su Padre, también ha cargado con nuestros pecados. En la última cena se ha mostrado como el servidor (Jn 13, 13), haciéndose el último de todos, ha tomado nuestra condición y se ha hecho pecado venciendo a la muerte.

Alvarez (2008) nos menciona que, en el gesto del celebrante, despojarse de la casulla al inicio del lavatorio de los pies, se significaría el anonadamiento que Cristo hace de sí mismo, antes de realizar el acto supremo del servicio de amor que es la cruz; y esta kénosis previa es necesaria para comunicar, una vida nueva en el don del Espíritu. (p.237).

Hay que nacer de nuevo del agua y del Espíritu de Dios fue la expresión que Jesús utilizó con Nicodemo. El nacer de nuevo es vivir en la comunión con Dios, es el Espíritu Santo por medio de la liturgia el que nos prepara para este encuentro. El lavatorio de los pies nos dispone para la celebración litúrgica; en ella se actuará plenamente, por la obra de la

redención de Cristo, ese paso del hombre terreno al hombre divinizado, esta progresiva divinización del hombre es la obra propia del Espíritu, íntimamente asociada a la obra de redención de Cristo que, se está actualizando en la celebración litúrgica.(Alvarez,2008, p.277)

En la oración sobre las ofrendas, el Espíritu Santo nos ayuda a participar dignamente del misterio litúrgico de nuestra salvación, gracias a que hemos sido purificados por su agua interior que nos renueva para que seamos creaturas nuevas en Cristo. Gracias a la acción del Espíritu podemos nacer de nuevo.

En la plegaria Eucarística se encuentra una doble epiclesis, pre-consagratoria y post-consagratoria, insiste en el ofrecimiento de los dones fruto de la tierra por medio de Jesucristo. Nos menciona el Misal Romano que la primera epiclesis pre-consagratoria contiene una invocación implícita al Espíritu Santo sobre el pan y el vino para que se conviertan en el cuerpo y sangre de Cristo “bendice y santifica, oh padre esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti”.

La única persona que puede realizar las acciones de bendecir y santificar es el Espíritu Santo. Solo Él, por tanto puede perfeccionar la ofrenda, transformando lo imperfecto y material, el pan y el vino, en cuerpo y sangre de Cristo, haciendo así espiritual y digna del Padre la ofrenda de toda la Iglesia.

La segunda epiclesis posterior a la consagración se pide que por la acción de Dios, la comunión en la que vamos a participar sea eficaz. La mención al Espíritu Santo no es aquí explícita, pero la fórmula contiene una referencia Pneumatológica en alusión al Ángel del Señor, sustitutiva del Espíritu Santo “que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu Ángel” la expresión deriva de Hechos 8,26-39, en donde el Espíritu Santo y el Ángel del Señor son términos intercambiables (Alvarez, 2008, p.237).

El canon romano acompaña a la intervención del Ángel la petición de ser colmados de gracia y bendición, expresión típicamente Pneumatológica, por los términos gracia y bendición, que pide la abundancia de esos dones del Espíritu Santo para toda la asamblea.

2.1.4. La Institución de la Eucaristía.

En la liturgia de ese Jueves Santo se encuentra la institución de la Eucaristía donde recordamos las palabras que Jesús pronuncio en la última Cena “Esto es mi cuerpo” donde

el Espíritu Santo juega un papel muy importante recordándonos varios momentos de la historia de la salvación en la teología del cuerpo y la sangre de Cristo.

Jesús usa a su vez de ese poder creador que el Espíritu semítico reconoce a la palabra, y todavía lo aumenta con su autoridad soberana. Dando al pan y al vino su nuevo sentido, no los explica, sino que los transforma. No interpreta, sino que decide, decreta: esto es mi cuerpo, es decir, en adelante lo será (Dufour, 1965, p.271)

Zevine y Giordano mencionan que el día de Jueves Santo el memorial de la unidad, el Señor ha tomado el pan y lo convirtió en su cuerpo, también hizo lo mismo con el vino que se convierte en su sangre. Este milagro es una realidad de fe, la humildad del ser humano se pone en práctica en la adoración a la grandeza del Señor. (p.446).

En la Cena del Señor todos estaban reunidos junto a Jesús compartiendo el pan y el vino, es el Espíritu Santo el que reúne a la comunidad, para compartir el cuerpo y sangre del Señor y de esta manera recordar las palabras que Jesús pronunció en las vísperas de su Pasión. Es, pues, el Espíritu el que dinamiza toda la vida de Jesús haciendo que su filiación se concrete en obediencia amorosa, en oblación y entrega por los hombres al Padre y por ello en sacrificio. Y «por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo como oblación inmaculada a Dios» (Heb 9,14) (Garza, 1983, p. 577).

Las palabras que Jesús pronunció en la última Cena fueron un mandato “hagan esto en memoria mía” (cf Mt 26,26) en la memoria de todo cristiano el Espíritu Santo obra para recordarnos las enseñanzas que Nuestro Señor nos dejó, para que tengamos vida eterna, vida en abundancia, “el Espíritu Santo les recordara todo”.

En las palabras y gestos sobre el vino se junta toda la idea de la alianza hacia la que apunta el binomio vino-sangre. Como en el Antiguo Testamento la alianza se sella con sangre (Ex 24), ahora la nueva alianza se sella con la de Cristo, con el cumplimiento escatológico de todas las promesas, en la cruz, y se participa sacramentalmente en la copa de vino eucarístico (Barobio, 1988, p.225).

Barobio (1988) nos recuerda que Jesús nos ofrece la comunión en su nueva alianza de la cruz a través de la eucaristía. La muerte no va a romper los lazos de comunión: al revés, hará posible una comunión más profunda y universal por la nueva presencia de Cristo y la actualidad perenne del acontecimiento de la cruz para la comunidad escatológica, a la que Cristo promete la donación de sí mismo por medio de los gestos eucarísticos. (p. 225).

El binomio pan-vino aparece como equivalente e intercambiable con el binomio cuerpo-sangre. El mismo Señor que se entregó en la cruz se da ahora, desde su existencia gloriosa, a su comunidad por medio de la eucaristía “es una presencia dinámica está y se da como comunión y para comunión, su presencia no termina en el pan y el vino, sino en la comunidad que le come y le recibe”. (Barobio, 1988, p.237).

El pan que recibirán los cristianos es Cristo, pero Cristo hecho carne (encarnación) y carne entregada por la vida del mundo (cruz). Por la entrega de Cristo en la cruz es como su carne y su sangre están disponibles como alimento para los suyos.

El Espíritu es el que va a iluminar la fe de los creyentes en la celebración litúrgica, para que capten en toda su profundidad el Misterio del Señor que se les da en comunión.

Este Espíritu es el Espíritu de Jesús: Nos lleva a encontrarnos y a repetir los gestos de Jesús. El anuncio de la palabra de Dios nos indica el deseo de extender el Reino de Dios en la creación, repetir la oración de Jesús nos llevara a la unidad con el Señor (Hch7,59s; Lc 23,34.46; Hch 21,14, Lc 22,42). Es necesario inculcar en la vida de la Iglesia el inicio a la perpetuidad de la fracción del pan por ser un mandato de Cristo “hacer memoria” implica siempre tener presente el recuerdo de la acción santificadora. (León, 1965, p.263).

“En la última cena en esta tierra de destierro, Jesús sustituye el memorial de la liberación de la esclavitud de Egipto con su memorial. Cumplimiento de la Ley y los profetas, lleva a plenitud el antiguo rito con su sacrificio de amor”. (Zivini y Giordano, 2002, p.440).

2.1.5. La Sagrada Comunión.

Gesteira (1983) afirma que la comunión no solamente es del cuerpo que es la realidad corporal, sino también de forma espiritual de su Espíritu; convirtiéndose en una realidad de comunión eclesial. El Señor actúa en la unidad del Espíritu de Cristo que congrega al único cuerpo místico.

En la ofrenda del Pan y el vino se rompe la maldición de la muerte, dándonos la vida. También debería ser nueva la conducta del cristiano: cada vez que come de este pan y bebe de este cáliz, graba en su propia existencia la extraordinaria riqueza de la Pascua de Cristo, testimoniándolo en el tiempo hasta el día de la venida gloriosa del Señor (Zivini y Giordano, 2002, p.440).

Lo que Jesús hizo aquel día, en aquella hora, es lo que él todavía, aquí presente, hace para nosotros. Los sacramentos emanan gracias para la santificación de las personas, por medio del sacramento de la Eucaristía se obtiene la máxima muestra de amor hacia nosotros, siendo el sacramento de culmen cristiano.

El traslado del cuerpo del Señor nos recuerda la peregrinación del pueblo de Israel en el desierto, para conquistar la tierra prometida, este peregrinaje fue acompañado por la

presencia del Espíritu por medio de la columna de fuego, el mar abierto en dos y la nube de fuego que guía al pueblo, que son acciones propias del Espíritu Santo.

Es el Espíritu Santo que guía al cristiano en medio de sus luchas y pruebas en este peregrinar de esta tierra, para poder conquistar el Reino de los cielos, por eso es necesario vivir el misterio de nuestra fe recordando siempre nuestra historia de salvación.

El Espíritu Santo acompaña el Cuerpo Eucarístico de Cristo desde y a través de la adoración y el silencio orante de los fieles. Es además una presencia viva y orante que queda simbolizada en el incienso que envuelve el santísimo sacramento durante la procesión. El sacerdote de rodillas incienso tres veces recogiendo en esta triple incensación la dimensión Trinitaria de esa adoración de los fieles. “El movimiento de adoración que se eleva, bajo la moción del Espíritu Santo, desde el corazón de los fieles al Padre por medio de Cristo” (Alvares, 2008, p.241).

En estos momentos de adoración se pide un tiempo de fervor y silencio, cuando el silencio es litúrgico no es silencio vacío, sino que esta colmado de la oración del dinamismo y la acción del Espíritu. Calla la asamblea para dejar hablar la voz del Espíritu, que resuena en nosotros. A través de ese silencio el Espíritu nos une con Cristo, eucarísticamente presente al Padre.

Al terminar la misa de la Cena del Señor se prepara con el silencio y la oración acompañando a Jesús en el huerto de los olivos, donde suplicará al Padre con la fuerza de su Espíritu “que no se haga su voluntad sino la del Padre” para prepararse para la pasión que vivirá el Viernes Santo.

2.2. Celebración de la pasión del en el viernes Santo.

Para un cristiano el Viernes Santo es el día donde celebramos la muerte, la causa de nuestra salvación, pero existe un gran peligro en nuestras regiones de quedarnos en la procesión del Santo Sepulcro y viviendo en la muerte del pecado, sin interesarnos en la Vigilia de Resurrección, que es la más importante de las Vigilias.

El Viernes Santo nos permitirá con la acción del Espíritu pasar de la muerte a la vida, pues la muerte es necesaria para poder ver el rostro de Dios.

El viernes santo es, propiamente, el primer día en que se comienza a celebrar el misterio pascual, por tanto la obra del Espíritu se realiza y se celebra íntimamente asociada a la obra de Cristo, el momento de mayor humillación humana por parte de Cristo, que es el momento de la Cruz, va acompañado de la presencia silenciosa y escondida del Espíritu, expresada de forma característica a lo largo de toda la celebración litúrgica de la Pasión del Señor principalmente en el silencio litúrgico (Alvarez, 2008, p.242).

Es importante recordar la necesidad del silencio litúrgico, para poder escuchar la voz del Espíritu Santo, que nos recordara que el siendo de condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios, por el contrario, se anonado a si mismo tomando condición de siervo.

2.2.1 Inicio de la celebración del Viernes Santo.

Al comenzar la celebración el altar se encuentra desnudo, esto es símbolo del anonadamiento de Cristo en lo humano. El verdadero altar ya no es el de piedra sino el mismo Cristo, el verdadero sacrificio es el que se celebra en ese altar que es el mismo Cristo. Ambos, el altar y el sacrificio de Cristo se adoran implícitos en la Cruz, que será el símbolo central de toda la celebración del Viernes Santo (Alvarez, 2008, p.242).

Para entender el anonadamiento de Cristo en este misterio de la humillación humana, queda expresado en la postración por tierra del ministro al inicio de la celebración, esa postración es la actitud externa y el gesto solemne de quien invoca la acción del Espíritu Santo.

En el misal romano se encuentra la oración inicial de este día, invocando expresamente la acción santificadora del Espíritu Santo sobre toda la asamblea “santifica a tus hijos” se trata de una acción propia del Espíritu Santo, pues solo Dios, en la persona del Espíritu, puede comunicar y hacernos partícipes de la santidad misma de su ser. Tenemos que tener presente esta realidad que en la liturgia, de este viernes Santo Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el evangelio. Y el pueblo responde con el canto y la oración.

2.2.2. Liturgia de la Palabra.

En la celebración litúrgica, la Palabra de Dios no se pronuncia de una sola manera, ni repercute siempre con la misma eficacia en los corazones de los que la escuchan, “pero siempre Cristo está presente en su palabra y, realizando el misterio de salvación, santifica a los hombres y tributa al Padre el culto perfecto” (SC, n.7).

En la celebración litúrgica, la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía y los salmos que se cantan; las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los gestos (SC, n.33).

La proclamación de las lecturas nos introduce a comprender este misterio de la Pasión del Señor, pues el profeta Isaías en el capítulo 53 nos hablara del siervo doliente “cargó sobre sí las culpas de todos” se vive aquí el drama de la Pasión del Señor. La carta a los Hebreos nos ayudara a comprender, Cristo es el dispensador y mediador del don del Espíritu

santificador. Y el evangelio de San Juan nos permitirá entrever en el momento en que Jesús expira concediendo el Espíritu Santo “E inclinando la cabeza, entrego el Espíritu” (Jn 19,30).

Este gesto de Jesús de entregar el Espíritu nos hace recordar el primer soplo que recibe el hombre en la creación, para poder tener vida y “soplo en sus narices”, el entregar el Espíritu lo entrega a la Iglesia que somos nosotros dándonos nueva vida. Sangre y agua que salieron de su costado la carta de San Juan pone al Espíritu como testigo de lo ocurrido es un hecho histórico la Muerte del Salvador.

En la oración universal se destaca por suplica de la Iglesia por diferentes necesidades y donde el celebrante hace un momento de silencio entre las oraciones, este silencio que marca la celebración del Viernes Santo es Pneumatológico donde escuchamos la voz interior del Espíritu (Alvarez, 2008, p.242).

2.2.3. La Adoración de la Santa Cruz

La adoración de la Santa Cruz se vive como un profundo acto de fe y una proclamación de la salvación de Cristo, contemplando sus heridas por las cuales hemos sido curados. El gesto de cubrir la cruz con un velo, además de su significado funcional, podría tener también, como toda velación en el ámbito litúrgico, alguna resonancia Pneumatológica.

La acción de velar se remonta a los pasajes bíblicos que describen la presencia de Dios cubriendo a su pueblo a través de la imagen de la nube. Esta imagen también aparece en la transfiguración (Mc 9,2-8). “Pero el significado Pneumatológico fundamental del símbolo del velo aparece en el evangelio de (Lc 1) de la anunciación a la virgen María mostrando la presencia del Espíritu Santo cubriendo el seno virginal de María” (Alvarez, 2008, p.247).

Alvarez (2008) nos menciona que la acción de velar nos recordara en la vida de Jesús estando en la sinagoga desenrolló la escritura y dijo: el Espíritu esta sobre mí y me ha ungido. La velación no deja de ser un gesto claramente Pneumatológico, el velo simboliza la presencia Divina que en el Espíritu Santo cubre a la persona y permanece presente y operante en ella (p.247).

El Espíritu es el que penetra toda acción litúrgica que impulsa a reconocer en la cruz al Señor de la vida, viviendo la experiencia de la cruz y en ella el sacrificio de Cristo inmolado. La cruz nos permite ir al encuentro del pobres y despreciado alentado a que vivan el «año de gracia del Señor» (Lc 4,14).

2.2.4. La Sagrada comunión.

“La sagrada comunión del Viernes Santo termina en el comer el cuerpo de Cristo adorando al mismo tiempo al Espíritu que se nos da en él y con él, pues, donde esta Cristo esta también el Espíritu Santo” (Buela, 2002, p.36). Y se proclama y confesamos que la unidad trinitaria es la que nos convoca en cada celebración cuando decimos “por Cristo con él y en el a ti Dios Padre omnipotente en la unidad del Espíritu”.

Las rubricas señalan que, de nuevo el silencio litúrgico acompaña el traslado del Santísimo Sacramento desde el lugar de la solemne reserva hasta el altar, este traslado nos hace recordar la historia de nuestra salvación, cuando el pueblo de Israel peregrino a diferentes tierras buscando la tierra prometida.

Junto al silencio litúrgico y la velación de la Cruz, la oración final sobre el pueblo marca el tercer momento más explícitamente Pneumatológico de esta celebración de la Pasión del Señor “El sacerdote de pie cara al pueblo y con las manos extendidas sobre él dice: que tu bendición, Señor, descienda con abundancia sobre este pueblo” el termino bendición es un claro sinónimo del Espíritu Santo, al atribuírsele la acción de descender sobre el pueblo (Alvarez, 2008, p.248).

2.3. La gran vigilia pascual de resurrección.

En esta gran noche Santa de vigilia donde experimentamos la alegría de la Pascua en la gran Resurrección de Cristo entre los muertos, tiene un gran significado Pneumatológico el elemento del fuego.

2.3.1. El Sábado Santo.

El Sábado Santo es un día donde acompañamos el dolor, el silencio que embarga a la Santísima Virgen María y a sus discípulos, donde se encuentran en la sepultura de Dios” ¿No es acaso, de forma impresionante, nuestro día? ¿No comienza nuestro siglo a ser un gran Sábado Santo, día de la ausencia de Dios en el que incluso los discípulos experimentan un vacío” (Zevini y Giordano, 2002, p.462).

El Sábado Santo es el segundo día del Triduo Pascual, día donde acompañamos con el silencio litúrgico el cuerpo de Cristo. Toda la creación se calla, contiene la respiración por que Cristo desciende al vacío total de amor. Pero lo hace como vencedor. Arde con el fuego del Espíritu. A su contacto se queman las cuerdas que atan a la humanidad (Alvarez, 2008,247)

En este día según la liturgia y las rubricas nos indican que el altar permanece despojado y el sagrario continúa abierto y vacío recordemos aquí la acción del Espíritu Santo que desde el

principio de la creación no había nada y se encontraba un caos el Espíritu aleteaba sobre las aguas queriendo significar que en medio de nuestro vacío el Espíritu quiere que seamos nuevas creaturas como lo expresara San Pablo en Cristo somos nuevas creaturas.

Las rubricas señalan que la Iglesia persevera junto al Sepulcro del Señor, meditando en silencio la pasión y muerte de Jesús este silencio es la forma de expresar la presencia del Espíritu Santo acompañando a Cristo. La presencia de Jesucristo va unida a la presencia del Espíritu Santo. Y también su obra se convierte en una acción Trinitaria. (Buela,2002, p.36).

2.3.2. El lucernario

El lucernario es un rito preparatorio que comienza con la congregación del pueblo en un lugar fuera de la Iglesia. Es acción propia del Espíritu Santo el convocar y congrega a todos sus hijos alejados por el mundo, a que se reúnan a velar en oración. Esta acción convocatoria va unida a la entrada de los fieles en el templo (Alvarez, 2008, p.253).

Como se describe en las rubricas el pueblo reunido y expectante alrededor del fuego que va a ser bendecido, este fuego una vez bendecido pasará a ser signo de la presencia del Espíritu Santo, en ese momento se puede encender el cirio Pascual que con su luz vencerá las tinieblas de la muerte, pues Cristo vivo y Resucitado se levanta para darnos la alegría plena.

Ya que así las víctimas eran separadas totalmente de la tierra y subían a Dios. Pero también hay fuego en el altar en el Nuevo Testamento, aunque infinitamente superior. En efecto, en el Apocalipsis el Ángel llena el incensario del fuego del altar (Ap 8,5) Por tanto, en los altares católicos hay «fuego». Ese fuego es el Espíritu Santo (Buela, 2002, p.36).

La oración de bendición del fuego habla de ese fuego nuevo como la luz de Cristo “el sacerdote dice: santifica este fuego” la acción santificadora sobre el fuego es propia y exclusiva del Espíritu, quien hace de esta llama un signo propio. “Cuya luz resplandecerá sobre el Cristo Resucitado simbolizado en el cirio Pascual y las velas encendidas de los fieles” (Alvarez, 2008, p.254).

El signo del fuego resplandece en la historia de las relaciones de Dios con su pueblo, Moisés, en la experiencia fundamental del pueblo en el desierto, el fuego presenta a la santidad divina. Recordamos también la vocación de Isaías, piensa que va a morir por haberse acercado a la Santidad Divina; pero al salir de la visión sus labios han sido ya purificados por un tizón de fuego (Is 6).

El Espíritu tiene como misión la de transformar los corazones que han de propagar el evangelio a través de todas las naciones con el mismo lenguaje, el del Espíritu, que nos da palabras ardientes para iluminar las tinieblas de los corazones fríos.

El sacerdote enciende el cirio Pascual con el fuego nuevo, dice: la luz de Cristo, que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y del espíritu. “La acción de disipar las tinieblas, es aquí metafórica y recoge el tema de la iluminación interior que realiza el Espíritu Santo en los que participan en la celebración de la Resurrección del Señor” (Alvarez, 2008, p.254).

2.3.3. El pregón Pascual

Otro momento importante es el pregón Pascual que es un himno dedicado al gozo Pascual y la metáfora Pneumatológica dominante es la luz, se proclama el gozo de toda la tierra, fruto de esa iluminación del Espíritu que libra de las tinieblas del pecado a toda la creación. Aquí reaparece el tema de la nueva creación, obra que opera el Espíritu Santo a través de la gracia y que es fruto de la victoria de Cristo sobre la muerte (Alvarez, 2008, p.255).

A través de las lecturas bíblicas se proclama la historia de la salvación desde la creación hasta la Resurrección de Cristo, por eso es necesario disponernos a escuchar la palabra de Dios en esta gran Vigilia Pascual, que está bien nutrida de lecturas tanto del Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. Los antiguos reconocieron y exaltaron el valor de la palabra, considerada en su significado esencial de expresión, de estímulo, de alimento del pensamiento y en general, de la vida espiritual.

Aquí tienen lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos y palpado con nuestras manos me refiero a la Palabra que es vida. Porque la vida se dio a conocer, hemos visto la Vida eterna, hablamos de ella y se la anunciamos, aquella que estaba con el Padre y que se nos dio a conocer” (1Jn1, 1-2). Pero el hombre no puede por sí solo acercarse dignamente a la palabra de Dios; tiene necesidad de la gracia Divina, que debe implorar con la oración humilde y fervorosa (Sartore y Triarca, 1987, p.1545).

Al canto de gloria, expresión de adoración y alabanza realizada en el Espíritu Santo sigue la oración colecta. En ella se pide el don de la filiación Divina, don propio del Espíritu Santo “oh Dios, que iluminas esta noche Santa, aviva en tu Iglesia el Espíritu filial”.

2.3.4. La Liturgia bautismal de la vigilia Pascual

En la liturgia bautismal de la vigilia pascual, otro elemento importante Pneumatológico es el agua, elemento esencial para la vida humana y la vida espiritual. El agua es también el medio en el que el Espíritu Santo consagra a Cristo en el bautismo del Jordán: “oh Dios, cuyo Hijo, al ser bautizado por Juan en el agua, fue ungido por el Espíritu Santo; colgado en la cruz vertió de su costado agua, junto con la sangre. En esta agua vertida del costado de Cristo se anunciaba el don bautismal del Espíritu” (Alvarez, 2008, p.260).

En el comienzo del relato de la creación en que el Espíritu, el agua y el viento se encuentran unidos los tres. El espíritu se cernía sobre las aguas como las alas de un águila, gracias a lo cual el agua muerta se puso en movimiento y se convirtió en agua viva.

El Espíritu no solo da vida; también purifica. El agua no da solamente la fuerza vital sino también la fuerza purificadora “crea en mí, oh Dios, un corazón puro, renueva en mi interior un espíritu firme, no retires de mí tu Santo Espíritu” (Sal 50). En el bautismo el Espíritu se posesiona del creyente, lo agrega al cuerpo de la Iglesia y le da la certeza de que ha entrado en el reino de Dios.

El bautismo realiza una acción purificadora y santificadora, en la persona que lo recibe, por la fe de ella misma o de sus padres (1 Cor 6,11). El catecúmeno se convierte en el templo vivo del Espíritu Santo (1 Cor 6,19), hijo de Dios Padre (Gal 4,5s). El bautismo muestra las grandezas que Dios ha preparado por medio de su Iglesia a la vida comunitaria de fe y somos llamados a participar de las gracias santificadoras.

La celebración del Triduo Pascual concluye con las segundas vísperas del domingo de resurrección, llamadas bautismales. Antiguamente, los neófitos, que habían recibido los sacramentos del bautismo, confirmación y eucaristía durante la noche de Pascua, eran convocados para participar en la oración de la Iglesia y dar gracias a Dios por el don del bautismo recibido. (Alvarez, 2008, p.264).

La Vigilia Pascual es un gran acontecimiento para la humanidad, pues por medio de la acción del Espíritu Santo somos resucitados, llamados a vivir del agua y del Espíritu de Dios, que enciende en nosotros el fuego de su amor y su bendición.

La bendición de Dios, en el sentido pleno de la palabra, es su Espíritu Santo. Toda acción de Cristo se encuentra ligado al Espíritu Santo, podemos observar que los signos que percibimos como la bendición y el agua que regenera entregando un nuevo nacimiento en la renovación, en los corazones de las personas son igualmente frutos del Espíritu (Dufour 1965, p.110).

Jesucristo revela al Espíritu con su enseñanza, cumpliendo la promesa hecha a los Padres, y lo comunica a la Iglesia naciente, exhalando su aliento sobre los Apóstoles después de su Resurrección. Es Jesús el que obra en la Iglesia en cada uno de los sacramentos, pues, bautiza, arroja los demonios de los posesos, sana a los enfermos, confiere el poder de perdonar los pecados; hagan esto en memoria mía, es siempre en virtud del Espíritu Santo, con el que forma una sola cosa en unión con el Padre.

El profeta Ezequiel describirá la forma de obrar del Espíritu en el pueblo de Israel, que ahora por la muerte y resurrección de Cristo somos el nuevo pueblo de Dios gracias al agua del bautismo.

“Los sacaré de las naciones, los reuniré de entre los pueblos y los traeré de vuelta a su tierra. Los rociaré con un agua pura y quedarán purificados; los purificaré de todas sus impurezas y de todos sus inmundos ídolos. Les daré un corazón nuevo y pondré dentro de ustedes un espíritu nuevo” (Ez 36, 24-28). Por medio del bautismo somos nuevas creaturas en Cristo, llamados a tener un corazón dócil a la efusión del Espíritu, para ser transformados y purificados de todo pecado para vivir en la comunión con Dios.

III

APORTE PASTORAL PARA LAS CELEBRACIONES.

Es necesario reconocer que la vida de la Iglesia vive en torno a la liturgia, es donde encontramos los medios de salvación que nos ofrece el Señor, tenemos que saber que existe la necesidad de todo creyente descubra la importancia de vivir esta vida litúrgica desde su propia condición. Es por ello que deseo motivar a todo creyente que descubra el tesoro que tenemos dentro de la Iglesia por medio de la liturgia, que por medio de ella podemos

participar del sacrificio del Señor, el cual se entrega en cada acción litúrgica por amor a nosotros.

3.1. La participación litúrgica en la vida de la Iglesia.

La Iglesia está llamada a comunicar la gracia de Dios a todos sus hijos que han sido renacidos por el bautismo, para ser nuevas creaturas según el Espíritu, según el mandato de Jesucristo les mando a sus discípulos a anunciar a todas las naciones, pueblos para comunicar la salvación, la conversión para todos aquellos hombres de buena voluntad que quieran preparar su corazón para recibir los dones y carismas que el Espíritu da a todo cristiano, para que puedan tener su transformación y santificación.

Cuando hablamos de participación litúrgica debemos sacar de nuestra mentalidad nuestro individualismo o privacidad, es necesario concebir la liturgia no como algo privado sino más bien público, comunitario, donde se reúne la asamblea congregada por el Espíritu para vivir y experimentar el misterio de nuestra fe.

Aquí nos da ejemplo el mismo Jesús, vive en comunidad con el Padre “mi padre y yo somos una misma cosa”, Jesús vive en comunidad con sus discípulos, los llamo para que estuvieran con él y compartieran su vida divina, y con su Iglesia comprada a precio de sangre, donde seda como alimento de salvación con su cuerpo y sangre.

El que promueve esta participación comunitaria es la acción del Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, y en la asamblea litúrgica a todos los fieles discípulos de Cristo que forman parte del cuerpo de la Iglesia, que se unen a Cristo en el Espíritu para dar gloria al Padre.

El Concilio Vaticano II, quiso que los fieles no estuvieran en la liturgia como extraños y mudos espectadores, sino como miembros activos y participantes conscientes (SC, n.48). Por medio de la reforma del Vaticano II, los creyentes se han vuelto participantes de la liturgia, ellos celebran los actos litúrgicos junto al sacerdote que preside la liturgia.

El Espíritu Santo nos permite ser activos en la participación litúrgica, por medio de la comunión que debemos tener con el Padre y el Hijo, pues él desde el principio aleteaba sobre las aguas para dar vida, orden y purificar nuestra vida, de toda oscuridad y tinieblas y de esta manera ser iluminados, para encontrar a Cristo que es la vida de la Iglesia.

La vida de la Iglesia es fecunda, pues es el Espíritu Santo el que la renueva y la purifica y la lleva a vivir en la comunión con Dios, por medio de la celebración litúrgica, así como la Trinidad que son tres personas distintas pero un solo Dios verdadero; espera de cada uno de nosotros que nos transformemos para salir de nuestro retardo, egoísmo, para vivir en comunicación y entrega con los demás.

Para llegar a la participación litúrgica es necesario tener las disposiciones en nuestro cuerpo, en nuestros sentidos, en nuestra alma, teniendo una apertura a las pequeñas cosas que vivimos en la celebración liturgia y que tal vez nos parecen sin importancia pero tienen un significado profundo que puede transformar nuestra vida, lo importante es dejar actuar al Espíritu Santo que nos ayudará a comprender la vida litúrgica de la Iglesia.

Cada fiel cristiano debe comprender que no se vive solo, hay una familia, comunidad que se reúne en cualquier lugar, para dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, esta actitud es obra del Espíritu Santo que congrega reúne a la asamblea para recordar los hechos salvíficos de la historia.

Es el Espíritu Santo el que congrega a todos los pobres que tal vez son aislados por su forma de vestir, por su posición económica, por su raza etc. El llamado de Dios es aceptar a todos, no despreciar a nadie, porque al desatender a los más pobres estamos repudiando al mismo Cristo que habita en cada corazón que es templo, casa del Espíritu Santo.

Es necesario que los fieles, pongan su alma en consonancia con su voz (SC, n.11). En la medida en que la liturgia sea más participativa y activa estaremos saliendo del retardo en nuestras celebraciones, que más que monótonas, se viven sin alegría sin alma, tal vez nos estemos preocupando por las cosas materiales y dejamos de mirar las cosas de arriba (Col 3,1).

Una celebración comunitaria, con asistencia y participación activa de los fieles, incúlquese que hay que preferirla, en cuanto sea posible, a una celebración individual y casi privada. Esto vale, sobre todo, para la celebración de la Misa, quedando siempre a salvo la naturaleza pública y social de toda Misa, y para la administración de los Sacramentos (SC, n.27).

La preocupación que tiene la Iglesia de cómo se debe vivir en la participación litúrgica lo expresa el Concilio Vaticano II «La santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas

que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano (SC, n.14).

Es necesario acudir a las periferias donde se vive tal vez sin conocer el amor crucificado de Cristo “me amo y se entregó por mi” para darnos vida, esta expresión de amor es obra del Espíritu Santo que quiere que todos lleguemos a la santidad, por eso guiados por las mociones del Espíritu los agentes pastorales deben ir a los lugares más lejanos para transmitir la vida de Dios, que por medio de la participación litúrgica, las devociones, y la piedad popular podemos darles la oportunidad de vivir en comunidad con la Santísima Trinidad.

Es preocupante la situación que vive la Iglesia, donde muchos fieles prefieren irse para otros cultos o alejarse de su parroquia o santuarios por diversas razones que deben cuestionarnos, una de ella es que las celebraciones litúrgicas, se viven sin dar a conocer lo que se está celebrando, y esta manera hace que las personas en vez de ser atraídas se alejan.

Hay que crear una conciencia participativa de la celebración litúrgica del misterio de nuestra fe que expresamos tal vez sin fuerza y energía, pues es en la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo es donde el cristiano tiene la fuente de vida, pues en cada Eucaristía actualizamos el misterio de nuestra fe, para vivir en la comunión con Dios.

Es por tanto el Espíritu Santo por medio de su acción santificadora el que despierta nuestra conciencia adormecida para poder vivir la participación litúrgica en la vida de la Iglesia. Debemos recordar que el bautismo como sacramento del Espíritu Santo nos abre las puertas a la comunión de la vida divina, pues es el deseo de Jesús “Padre que todos sean uno como tú y yo somos uno”, el bautismo, nos incorpora a ser miembros activos en la vida de la Iglesia, para llevar a cabo la unión de todos los fieles con su cabeza que es Cristo.

Esta unión de los fieles es obra del Espíritu Santo, que quiere que todos vivamos teniendo en un mismo pensar y un mismo sentir, como esta unidad la cabeza al cuerpo, tal vez, se presente esto como una utopía sin fundamento, pero para los que creen en el poder del Espíritu Santo que puede renovar, purificar, restaurar lo que para muchos ya no tenga solución.

El Concilio Vaticano II ha propuesto en la reforma de la liturgia para que haya una mayor plenitud en la participación en los misterios de nuestra fe, que cada fiel se apropie de la liturgia, de los sacramentos y obras de piedad. En las celebraciones litúrgicas, cada cual,

ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde (SC, n.28).

Los fieles tal vez por su desconocimiento de la palabra de Dios, de la liturgia, por su falta de interés no desempeñan activamente su oficio litúrgico y este es uno de los grandes impedimentos para participar activamente en los misterios de nuestra fe, que se viven en cada uno de los sacramentos.

Los fieles participan de la liturgia en todo momento: Cundo por medio del sacramento del Bautismo se renace a una vida nueva, por el sacramento de la Confirmación ha confirmado su fe bautismal y en cada Eucaristía participa del sacrificio del Señor. Todos los sacramentos se encuentran íntimamente unidos y el Sacramento Eucarístico se convierte en la entrega total de amor.

Es importante destacar el sacramento de la Confesión, de la Reconciliación, que permite recuperar la gracia de Dios perdida por el pecado, para recobrar la comunión con Dios y participar en la Santa Eucaristía, por eso debemos preparar a todos los fieles a entrar dignamente a la Cena del Señor como lo manifiesta el Apóstol Pablo “el que come indignamente el cuerpo y la sangre de Cristo se condena a sí mismo”

Todos los misterios de la vida de Cristo lo vivimos a través de la santa celebración, por medio del año litúrgico, pero especialmente en el sacramento de la Eucaristía, donde actualizamos la Pasión Muerte y Resurrección de Cristo por lo tanto, es el culmen de la vida de todo cristiano.

Así, en la celebración de los sacramentos, toda la asamblea es "liturgo", cada cual según su función, pero en "la unidad del Espíritu" que actúa en todos. "En las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde según la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas (Catecismo de la Iglesia Católica, 1992, n.1144).

La acción del Espíritu Santo nos permite participar del misterio Pascual de Cristo que se celebra cada vez que estamos en la eucaristía, pues la Iglesia vive del sacrificio de la cruz, que es donde recordamos el sentido de nuestra fe, por lo tanto es nuestro cotidiano vivir “no vivo yo es Cristo quien vive en mí”.

Si la Iglesia los fieles, religiosos y sacerdotes contemplaran a Cristo en la cruz descubrirían la necesidad de poder sacrificarse como se sacrificó nuestro Maestro, dando la vida en

rescate por los demás, pues nos han comprado a precio de sangre, ha costado nuestra salvación y nuestro deber es corresponder a tanto derroche de amor para con nosotros. “No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos” Jesús dio la vida por ti y por mí, somos testigos del misterio Pascual de Cristo.

El ser testigos nos permite participar de la vida Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, pues así lo manifiesta el Apóstol San Juan en su carta “¿Quién ha vencido al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Él es el que viene por el agua y la sangre: Jesucristo; y no sólo por el agua, sino por el agua y la sangre; y el espíritu también da su testimonio, el Espíritu que es la verdad. Tres son, pues, los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres coinciden en lo mismo (1Jn 5,5-7).

La crisis en la participación de las personas en Misa dominical, se encuentra vinculada a la crisis de fe, en medio de una sociedad secularizada. No se vive un testimonio íntimo de amor, no permitimos muchas veces que se viva en el espíritu de las primeras comunidades cristianas, la importancia de ser otro Cristo en una sociedad secularizada ayudará a la participación de fe y la vivencia de los sacramentos.

La acción del Espíritu Santo tiene un motivo clave y fundamental, que es ayudar a la comunidad reunida a celebrar participativamente y activamente el Misterio Pascual, misterio que nos une en comunión con Dios.

3.2. Medios para fomentar la participación litúrgica.

La Iglesia brinda al creyente por medio del depósito de la fe, los elementos necesarios para fomentar la participación litúrgica, pues el desconocimiento en el ámbito de la liturgia hace que el fiel no adquiera una identidad propia con la celebración, no le permite tener una experiencia con el resucitado.

La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG, n.1). La liturgia es el medio propicio para recordar las acciones salvadoras de Cristo, que nos permite unirnos en comunión con el mismo Dios.

El Espíritu Santo en la liturgia se manifiesta de diversos modos como el soplo animando al creyente, por medio del agua que renueva, por medio del fuego que purifica y de otros

medios que nos permiten participar con gozo en cada celebración, pues el hombre aprende por medio de señales y símbolos que se le presentan a diario para poder comprender la voluntad de Dios en su propia vida y la vida de los demás.

En la liturgia el Espíritu Santo actúa en los momentos de cantos, de silencio, de penitencia, por medio de la palabra nos habla y por medio del pan Eucarístico, nos alimenta de la vida de Cristo por medio de la fraternidad.

En la plegaria Eucarística nos dice como el fiel creyente debe profundizar en estos signos y símbolos para comprender el amor misericordioso del Padre que ha enviado a su Hijo Jesucristo, que nos dio por medio de su muerte en la cruz ser partícipes de su vida eterna.

El cristiano fomenta la liturgia dando testimonio de lo que Dios hace en su vida “el Señor ha hecho obras grandes en mí su nombre es Santo” estas palabras inspiradas por el Espíritu Santo deben transformar nuestra vida, para transformar la vida de nuestros hermanos que también se esfuerzan por vivir en la unidad de la Iglesia y de esta manera contemplar la Jerusalén celestial.

La acción del Espíritu Santo actualiza en la celebración, la presencia de la persona y la obra de Jesús en la Iglesia, a la vez que anticipa en ella el futuro del reino. (Gesteira, 1983, p.578). Cada fiel está llamado a promover por medio de la liturgia el participar del Reino de Dios.

En la carta de San Pablo a los (Heb. 12) nos dice: “Ustedes, en cambio, se han acercado al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial con sus innumerables ángeles, a la asamblea en fiesta de los primeros ciudadanos del cielo; a Dios, juez universal, al que rodean los espíritus de los justos que ya alcanzaron su perfección; a Jesús, el mediador de la nueva alianza, llevando la sangre que purifica y que clama a Dios con más fuerza que la sangre de Abel”.

Como cristianos debemos acercarnos a la Santa Madre Iglesia que congrega a todos sus hijos, para alimentarnos del pan de la palabra y del pan eucarístico, es el Espíritu Santo que nos reúne para fomentar en la liturgia la nueva alianza sellada con la sangre de Jesús.

Como hijos de esta Santa Iglesia fundada por Cristo y guiada por el Espíritu Santo necesitamos pues, vivenciar, experimentar la verdadera Pascua que da sentido a nuestra vida,

pues nos une con la comunión con Dios donde con gozo experimentamos la fiesta de fraternidad “mira cuan bueno y maravilloso es habitar los hermanos juntos”.

Corresponde a los obispos, sacerdotes, como administradores de los bienes espirituales y materiales de la iglesia fomentar la participación litúrgica de los fieles, para que unidos a Cristo que es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, nos unan con la comunidad terrena y la comunidad celestial.

El Pueblo de Dios es convocado en la unidad, acción propia del Espíritu Santo, para que cada uno participe de acuerdo a su propio modo, según la diversidad de órdenes y funciones litúrgicas (Código de Derecho Canónico, 1983, c.899).

Tanto el sacerdote como los fieles están llamados a fomentar la santa liturgia en sus diferentes funciones donde haya una comunicación y conocimiento de las labores litúrgicas que lleven a la transformación y perfección de la vida cristiana, donde guiada por el Espíritu Santo lleguemos al conocimiento de la verdad.

Debemos tener en cuenta como la liturgia ha dado una gran renovación, se comenzó a tejer las primeras luces con los movimientos litúrgicos que ha sido suscitado por San Pío X y tomado por algunos monjes de Francia. Esta realidad teológica se ha convertido con los movimientos litúrgicos en un acontecimiento pastoral, buscando una participación activa de los creyentes y fruto de esta nueva ola litúrgica, el Concilio Vaticano II subrayara su importancia, proclamando de modo definitivo la reforma litúrgica.

Para fomentar la participación litúrgica en los fieles es necesario dar a conocer con energía, gozo cada uno de los gestos, símbolos, señales, posturas que existen en las celebraciones, para comprender lo que aclamamos, porque a veces creemos o nos confiamos que las personas ya saben y esto es un autoengaño, por eso es preciso pedir la acción del Espíritu Santo, para que nos ayude a enamorarnos de la Iglesia y de su liturgia.

Para fomentar la participación y formación litúrgica es preciso pedir al Espíritu Santo que nos ayude a cantar las maravillas de Dios, como lo hizo Moisés al salir de Egipto, pedir perdón como lo hizo el Hijo prodigo, reconocer en la palabra de Dios y en el pan Eucarístico al mismo Dios como lo hizo Santo Tomas, ser humilde para participar en la cena del Señor, como el que fue exaltado a tener los primeros puestos y dar gracias a Dios, como el leproso sanado que alabo a Dios.

El pueblo de Dios es adquirido por la sangre redentora de Cristo, congregado por el Espíritu, alimentado con su palabra; pueblo llamado a elevar a Dios peticiones de toda la familia humana; pueblo que en Cristo por medio del Espíritu, da gracias por el misterio de la salvación ofreciendo su sacrificio; pueblo, por último, que por la comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo se consolida en unidad gracias a la acción del Espíritu (Dossiers, 2012, p.201).

Este pueblo crece continuamente en santidad por su participación consiente, activa y fructuosa en el misterio eucarístico de Cristo, cuando conoce a profundidad los signos o símbolos, como el por qué estar sentados, parados, arrodillados; porque del silencio, la postración, la imposición de manos entre otros.

El estar sentados representa la posición del discípulo que escucha al maestro y por tanto debemos estar en silencio, este estado nos recuerda el lavatorio de los pies, Pedro se levanta y rechaza este gesto de Jesús y Él le dice si no te lavo no tendrás parte en mi obra, por tanto debemos escuchar en silencio para tener parte en el misterio Pascual.

La posición de estar arrodillados representa al discípulo que reconoce la presencia del rey de Reyes y Señor de Señores al cual toda rodilla se doble en el cielo y la tierra, no seamos soberbios, seamos como Santo Tomas “Señor mío y Dios mío”.

Cuando estamos de pie reconocemos al que tenemos al frente, le respetamos y le escuchamos como el joven rico “Maestro bueno” o como Pedro solo tú tienes palabras de vida eterna. Son gestos que realizamos cotidianamente, pero no profundizamos en su contenido o significado, que es necesario para adentrarnos en el conocimiento de la verdad.

Todos estos pequeños detalles en la celebración litúrgica nos permiten fomentar y tener una conciencia más clara y despierta para participar dignamente de las ceremonias o solemnidades que nos hacen experimentar la presencia de Dios “donde ya no necesitaremos luz de lámpara ni de sol porque el mismo Dios alumbrara entre nosotros”, es la acción del Espíritu santo que nos guía, para comprender las conmemoraciones litúrgicas que nos permiten participar de la vida divina de Dios.

Todos los cristianos participamos y fomentamos las celebraciones litúrgicas, donde damos el verdadero culto a Dios, que nos ha creado para, conocerle, amarle y servirle, de esta manera vivir en comunión con la Iglesia que es el nuevo pueblo de Dios comprado a precio de sangre.

Cristo ha elegido un pueblo de una nueva Alianza (1 Pe 2,9) para realizar una acción nueva, un culto nuevo y una acción de gracias nueva. El Señor por su muerte y elección a su pueblo, ha convertido en una nueva realidad, sacerdotes, reyes y protestas; la acción santificadora de Cristo está unida a su Alianza con su pueblo elegido (Abad, 1988, p.20).

Es necesario pues, una catequesis adecuada al pueblo sobre el valor de los signos (separación del pan y el vino como expresión de la entrega de Cristo), de esta manera introducimos a los fieles al corazón de Cristo en cada celebración litúrgica.

El sacerdote por medio de sus gestos en la liturgia, está llamado a poder hacer visibles la acción santificadora de Dios. En el tiempo pascual se tiene que observar la sana doctrina de Cristo, que se encuentra manifestada por los manuales litúrgicos, también el cirio pascual se convierte en un signo visible de la liturgia y en especial de la luz de Cristo para nuestras vidas. Los fieles tienen que manifestar los signos visibles de la acción del Espíritu Santo en su vida, participando de modo oportuno en la realización de las acciones sacramentales. (Abad, 1988, p.180).

3.3. La piedad popular.

La piedad popular son las variadas formas de expresión que se dan junto a la liturgia, esta piedad se expresa con simplicidad y fervor, la fe en Dios, la invocación a Cristo, la veneración a los Santos, como también de la Virgen María, el deseo de conversión y de caridad fraterna. Una definición más clara que podemos observar en todo momento de la vida de la Iglesia y en especial de Latinoamérica de la piedad popular

Se designa a las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la Sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura (Congregación para el Culto Divino,2001, p.25).

La relación íntima que existe entre la piedad popular y la liturgia es de estrecha correlación, es necesario recordar que “toda celebración litúrgica por ser obra de Cristo Sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción Sagrada por excelencia cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna acción de la Iglesia” (SC, 7). Por lo tanto,

se tiene que superar la forma equivocada que se ha pensado que las celebraciones litúrgicas no son populares, ya que por la renovación litúrgica que se ha dado en el Concilio Vaticano II, los fieles forman parte de ellas y son miembros activos de todas las celebraciones.

El Concilio Vaticano II ha dado las pautas para tener una verdadera devoción popular, pues a lo largo de la historia sea visto confundida la práctica de esta piedad, en muchos casos tratando de unir las devociones populares a los actos litúrgicos. Es necesario diferenciar objetivamente “entre los ejercicios de piedad y las prácticas de la devoción respecto a la liturgia, esto significa que no se deben de mezclarse las formulas propias del ejercicio de la piedad con el de la liturgia” (Congregación para el Culto Divino, 2001, p.29)

Se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular si se hacen por mandato de la Sede Apostólica. Ahora bien, es preciso que estos mismos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos (SC, n.13).

La piedad popular en el seno de la Iglesia es de carácter importante, pues la Iglesia está llamada a evangelizar a todos los hombres por medio de su lengua, cultura, historia donde se desarrollan “la religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización sino que ella misma, en tanto en cuanto contiene encarnada la palabra de Dios, es una forma activa con la que el pueblo de evangeliza continuamente así mismo” (Maldonado, 1985, p.218).

La Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos Pascuales”, sean “concordes en la piedad”; ruega a Dios que “conserven en su vida lo que recibieron en la fe”, y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo (Buela, 2002, p.19).

Es característico que los fieles participen en devoción, con los signos sagrados que expresan la santidad del Dios viviente que quiere la salvación del género humano, que se actualiza en cada Eucaristía, donde recordamos el misterio Pascual.

Como elementos sobresalientes de la piedad popular, se pueden señalar: La presencia trinitaria que se percibe en devociones e iconografías, sentido de la providencia de Dios Padre. Cristo celebrado en su misterio de encarnación, en su crucifixión, en la Eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón. Amor a María: Ella y sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular (Maldonado, 1985, p.219)

Podemos ver en la piedad popular que al ser una forma expresiva que anteriormente recogía por definición, existe una gran variedad de riqueza y expresiones corpóreas que caracteriza a la piedad popular “el uso de besar y tocar con la mano las reliquias y los objetos sacros, las iniciativas de peregrinaciones y procesiones” (Congregación para el Culto Divino, 2001, p.30).

Esta realidad que se da en la piedad en muchas etapas son motivadas o iniciadas por los sacramentos de la Eucaristía cuando se realiza las peregrinaciones a los santuarios o también el acompañamiento del sacramento de la Reconciliación y en muchos momentos son acompañados con el Sacramento de la Unción de los enfermos en aquellas personas que buscan la gracia de la salud de parte de Dios.

La celebración Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia, por tanto, debe ser el centro y la cima de la vida pastoral: “No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía; por ella, pues, hay que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad” (Concilio Vaticano II, Decreto: Presbyterorum Ordinis, 1965, n.6).

La presencia del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles ha permitido en las primeras comunidades dar testimonio de Cristo resucitado. Hoy en día miles de personas por medio de la predicación se acercan a Dios y experimentan de su amor y misericordia, también hoy somos llamados a ser portadores del Evangelio con la fuerza del Espíritu Santo que se nos ha regalado por el Bautismo. (S. Thomas, 1948, n.891).

Es necesario reconocer la presencia dinámica del Espíritu Santo en la piedad popular, pues donde se encuentre los fieles reunidos manifestando su fe, hay esta la acción del Espíritu intercediendo por la unidad de la iglesia, que cree en aquel que ha dado su vida para la salvación de muchos.

La acción del Espíritu Santo nos permite vivenciar y expresar nuestra fe con todo el corazón y el alma, para dar testimonio del amor misericordioso de Dios manifestado por su Hijo en el sacrificio de la cruz que nos une a los cristianos “cuando yo sea levantado en lo alto atraeré a todos hacia mí” (Jn 3,14).

Cada vez que participamos en la celebración litúrgica experimentamos la alegría de los discípulos de Emaús, que Ardían nuestros corazones dentro de nosotros (Lc 24,32). Esto quiere decir que hay fuego en nuestros altares y corazones, pues podemos dejar que se enfríe la caridad en nuestros pueblos si no avivamos el fuego del Espíritu.

Tenemos que tener en cuenta, que la persona tiene que abrirse a la acción santificadora del Espíritu Santo con una gran docilidad, convirtiéndose esta actitud en la forma perfecta para que Dios obre en sus vidas. El Espíritu Santo también nos conduce muchas veces al desierto al igual que Jesucristo (Lc 4,1), en medio de la prueba y los quebrantos nos lleva a un lugar tranquilo y poder ser adoradores es espíritu y verdad.

Estamos llamados a vivir intensamente los sacramentos y en especial la Eucarística, que nos conduce a vivir activamente los misterios de Cristo resucitado. Las gracias entregadas en la celebración Eucarística nos conduce a ser testigos de la acción santificadora del Señor; uniéndonos en con la Iglesia triunfante y purgante.

CONCLUSIÓN

El trabajo expuesto dentro de sus parámetros teológicos y litúrgicos reúne la necesidad de la reforma litúrgica llevada a cabo por el Concilio Vaticano II, a lo largo de la historia, el Concilio se ha preocupado por la unidad y salvación de todos los cristianos dando los medios sacramentales para alcanzarlo. En este sentido tenemos que reconocer el gran acontecimiento de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, reunido en el Triduo Pascual, como culmen perfecto de la vida cristiana, orientados pues, a la participación litúrgica para vivir con más autenticidad la misma.

La acción del Espíritu Santo en el Triduo Pascual no fue casual sino algo que estaba en el plan creacional de Dios, es decir, el hombre que es hecho a su imagen y semejanza (Gn 1. 26-28), que tuvo la comunión con Dios, pero que la perdió por el pecado; lo que Adán había perdido lo recupero Cristo Jesús con su Pasión, Muerte y Resurrección, por esta redención realizada en Cristo, con la efusión del Espíritu Santo, nos permite a través de las celebraciones litúrgicas, vivir en la unidad como cristianos, recuperando la comunión con Dios que es posible gracias a la labor santificadora del Espíritu.

Con la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo que vivimos en la Santa Liturgia se resalta la participación del hombre en la naturaleza Divina, Por tanto, el Espíritu es el evento pascual

que constituye la comunión entre Dios Padre y Cristo, entre el Resucitado y nosotros. Es pues el Paráclito el que nos ayuda a vivir congregados como comunidad litúrgica para tener la comunión con Dios y de esta manera poder vivir la vida de Dios, que hemos obtenido gracias a la acción del Espíritu Santo que mueve al cristiano a vivir en la unidad de la fracción del pan, con este sentido se va descubriendo la importancia que los cristianos tengan un mismo pensar y sentir expresados en la unidad de la Iglesia.

Debemos concientizarnos que las celebraciones litúrgicas, no son actos de magia o espectáculos en los que se vivencian cosas extraordinarias, pues esta concepción desvirtuaría la acción de Cristo. Es el Espíritu Santo que actúa desde la sencillez, desde los pequeños gestos, símbolos, señales, como el pan y el vino que por su acción se convierten en el cuerpo y sangre de Cristo, para darnos a conocer la grandeza de Dios obrada por Jesucristo en cada uno de los sacramentos.

Es por eso que el deber de todos los cristianos en la celebración del Triduo Pascual, tiene la responsabilidad de transmitir la vida de Dios en cada conmemoración litúrgica, esto nos permite la educación de tantos pueblos, diócesis, parroquias, donde tantos agentes de pastoral deben estar comprometidos en poner los cimientos y dar a conocer el misterio de nuestra salvación, que actualizamos en la Eucaristía “anunciamos tu muerte proclamamos tu resurrección ven Señor Jesús”. Como cooperadores del amor de Dios, es necesario exigirnos en la formación para las celebraciones litúrgicas, y así dar un mayor sentido a nuestra vida cristiana, por tanto, se deben regir de acuerdo a las indicaciones de las reformas litúrgicas, esto nos da luces para afirmar que el Concilio Vaticano II dio un nuevo aire a la Iglesia para fomentar la unidad de los cristianos.

El misterio pascual es el origen histórico de la liturgia, pues la glorificación y la santificación del hombre proceden de la acción de Cristo y de la acción del Espíritu Santo que es vida hecha historia, no ideología; mediante la cual nuestra historia individual y social reactualiza el proyecto de salvación. Siguiendo los pasos de San Agustín en la liturgia lo que en el Antiguo Testamento se encontraba latente, hoy se encuentra patente y en forma real, en cada sacrificio del altar.

Cuando contemplamos los tres días del Triduo Pascual en la celebración litúrgica, recordamos que debemos estar dispuestos a dar nuestra vida por los demás. Esta acción de recordar es propia del Espíritu Santo que nos permite por medio de los gestos, tales como

levantar las manos, el silencio, el sagrario vacío, la velación de la cruz, el agua, el fuego entre otros símbolos, en todos ellos obra la presencia del Espíritu Santo haciéndonos nuevas creaturas en Cristo Jesús.

En nuestras celebraciones litúrgicas, se distinguen muchas realidades donde las personas han dejado de lado el interés por los símbolos, signos que enriquecen nuestras ceremonias evitando así un compromiso, pues consideran la semana Santa como un motivo de diversión complementario a la vida del hombre siendo todo lo contrario. Es necesario, pues vivenciar con mayor fuerza la acción del Espíritu, por medio del silencio litúrgico -que en ocasiones es víctima del rechazo, olvido, incompreensión y desinterés de los fieles y en general del pueblo cristiano convocado por El mismo en la asamblea o en los momentos difíciles de nuestra vida; por eso es preciso hacer un alto en el camino para escuchar a Dios y vivir el Triduo Pascual.

El Triduo Pascual es un acto litúrgico por el cual el hombre busca la santificación de su vida, pues el que se deja transformar por la obra del Espíritu Santo, y profundiza en los signos que se han obrado en la historia de salvación y se concientiza que es el mismo Espíritu el que la renueva, logra adentrarse, por medio de la piedad popular, en la fe de todos los pueblos. Por lo tanto, es la expresión que cada parroquia tiene para manifestar el misterio de la salvación.

La piedad popular en el seno de la Iglesia es importante, pues la Iglesia está llamada a evangelizar a ser testigos de comunión entre todos los hombres, esta acción es propia del Santo Paráclito que actúa en las diferentes lenguas, culturas, e historias donde debe haber una experiencia espiritual que transforme la vida del cristiano expresando su creencia a todas las naciones.

Por lo que concluimos que la acción del Espíritu en el Misterio Pascual era, es y sigue siendo el misterio de nuestra salvación, aunque siempre está en una relativa crisis de desconocimiento. Es por ello que el Espíritu congrega a los cristianos y los santifica, para que obtengan la comunión con Dios. Mi objetivo en este trabajo no es reprochar las actitudes, sino hacer que las personas que desean formar parte de esta realidad, conozcan el verdadero sentido del Triduo Pascual, que valoren la acción del Espíritu en cada uno de los días correspondientes.

El objetivo propuesto en este trabajo se ha desarrollado conscientemente de que se debe estar dispuesto a participar de la Pasión, Muerte y Resurrección, para poder vivir la vida que según el Espíritu nos propone para hacer de nuestra vida una luz en el camino, para todos aquellos que viven en tinieblas y en sombras de muerte.

Es necesario también seguir trabajando en este tema, para aportar más conocimientos en otras disciplinas teológicas como la Espiritualidad, la Pastoral, la Eclesiología, entre otras, para así poder contribuir una experiencia auténtica en nuestra Iglesia, que como hijos y miembros de ella necesitamos embellecerla, cada vez más con la ayuda de la acción del Espíritu Santo que congrega a todos para tener un mismo pensar y un mismo sentir.

La Iglesia tiene la responsabilidad y potestad de guiar a los fieles estableciendo normas litúrgicas para las celebraciones, estas ayudaran a recordar que la acción del Espíritu Santo en el Triduo Pascual es para obtener la salvación de todos los miembros de la Iglesia, a partir de los acontecimientos de la pasión, muerte, resurrección, y pentecostés, que nos invita a vivir en la gozosa esperanza de llegar a la santidad siendo buenos cristianos, viviendo como aquellos que creyeron por vez primera en la buena nueva y fueron congregados en el amor y la fracción del Pan, que es una acción propia del Espíritu.

La Santa Iglesia por medio de la Liturgia nos invita a todos a participar de los actos litúrgicos guiados por el Espíritu Santo, para vivir congregados en el amor y en la unidad, pues es la misión de todos. Por lo tanto, tenemos que estar dispuestos a anunciar la Pasión, Muerte y Resurrección que conmemoramos en la santa Eucaristía. “Te pedimos humildemente Señor que el Espíritu Santo Congregue en la unidad a cuantos participamos Del Cuerpo y Sangre de Cristo”.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD J. Y GARRIDO M. (1988) *INICIACIÓN A LA LITURGIA DE LA IGLESIA*. MADRID, ESPAÑA: PALABRA

ALVAREZ C. (2008) *EL ESPÍRITU SANTO EN EL TRIDUO PASCUAL. UNA APROXIMACIÓN PNEUMATOLÓGICA A LA EUCOLOGÍA Y LA CELEBRACIÓN*. MADRID, ESPAÑA: FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO.

Bernal j. (2012) *Para vivir la celebración. Bases para una comprensión de la liturgia*, Navarra, España: Verbo Divino.

Beteta P. (1997) *La misión del Espíritu Santo explicada por Juan Pablo II*. Madrid, España: Palabra.

Borobio D. (2000) *Eucaristía*. Madrid, España: BAC

Borobio D. (1988) *La Celebración En La Iglesia. II Sacramentos*. Salamanca, España: Sígueme.

Bruno f. (1994) *Breve Introducción a la Fe*. Madrid, España: San Pablo.

Buela C. (2002) *Nuestra Misa*. Buenos Aires, Argentina: Verbo Encarnado.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. (2000) BOGOTÁ, COLOMBIA: SAN PABLO.

Código de Derecho Canónico. (2008) Madrid, España: BAC.

Concilio Ecuménico Vaticano II. (2008) *Documentos Completos*. Lima, Perú: Epicons

Congregación para el Culto Divino. (2001) *Directorio para la piedad popular y la Liturgia*. Bogotá, Colombia: CEC

Dossiers. (2012) *La misa y la liturgia de las horas. Ordenación general, centro de pastoral litúrgica*. Barcelona, España: Herder.

Dufour L. (1965) *Vocabulario de teología Bíblica*. Barcelona, España: Herder.

Fernandez P. (2005) *Introducción a la liturgia. Conocer y Celebrar*. Salamanca, España: San Esteban.

Gesteira M. (1983) *La Eucaristía. Misterio de Comunión*. Madrid, España: Cristiandad

Gutierrez L. (2007) *La liturgia en la vida de la Iglesia. Culto y Celebración*. Navarra, España: EUNSA.

HILBER T. Y KESSLER H. (1996) *Manual de teología dogmática*. Madrid, España: Herder.

LUCAS A. (2012) *LA PNEUMATOLOGÍA LITÚRGICA. EN LA OBRA DE DON ACHILLE MARIA TRIACCA*. BARCELONA, ESPAÑA. HERDER.

MALDONADO L. (1985) *INTRODUCCION A LA RELIGIOSIDAD POPULAR*. SANTANDER, ESPAÑA: SAL TARRE.

MARTIMORT A. (1992) *LA IGLESIA EN ORACIÓN. INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA*. BARCELONA, ESPAÑA.

MORCILLO C. (1965) *CONCILIO VATICANO II. COMENTARIOS A LA CONSTITUCIÓN SOBRE LA SAGRADA LITURGIA*. MADRID, ESPAÑA BAC.

SARTORE Y TRIACCA (1987) *NUEVO DICCIONARIO DE LITURGIA*. MADRID, ESPAÑA: SAN PABLO.

ROYO A. (1987) *EL GRAN DESCONOCIDO*. MADRID, ESPAÑA: BAC

SANTO. THOMAS (1948) *Meditaciones*. Buenos Aires, Argentina: Editores, S.A.

ZEVINI G Y GIORDANO P. (2002) *Lectio divina para cada día del año. Tiempo de cuaresma y Triduo Pascual*. Navarra, España: Verbo Divino.

INTRODUCCIÓN

El Triduo Pascual de Cristo que celebramos en la liturgia, en los días correspondientes de la Semana Santa, ha disminuido en la cultura postmoderna; pues en muchos pueblos este acontecimiento Pascual de Cristo, se ha visto reducido a simples distracciones, pasatiempos, que no nos permiten vivenciar los signos, gestos, símbolos, señales litúrgicas, que son esenciales para celebrar el Misterio Pascual.

El hombre aprende por medio de signos, señales y símbolos como: el agua, el fuego, el pan, el vino, a través de los cuales puede comprender lo que se realiza en las diferentes circunstancias. En cada celebración litúrgica estos signos y símbolos nos ayudan a comprender el plan que Dios tiene para cada uno, entregándonos su salvación que actualizamos en cada liturgia, en cada sacramento, pues el cristiano está sediento del amor de Dios.

La necesidad que tienen los cristianos de la vida sacramental es de enorme necesidad para nuestras vidas. Él Espíritu Santo por medio de su acción vivificadora en el corazón de la persona, vivir la experiencia sacramental es entregarse por completo a la presencia Trinitaria; la acción de Dios muestra frutos de vida, amor, esperanza y en los cristianos que somos llamados a ser portadores del Evangelio

En la celebración litúrgica del Triduo Pascual cada uno de los signos y símbolos que podemos destacar, como el lavatorio de los pies, la Cena del Señor, la adoración de la Cruz, la bendición del fuego, entre otros, juega un papel muy importante la acción del Espíritu Santo; pues desde el principio el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas, el elemento del agua es parte esencial de la vida del hombre, así mismo, el Paráclito quiere renovar y transformar la vida de todo cristiano.

Por eso, es oportuno realizar este trabajo de investigación cuyo tema es la acción del Espíritu Santo en el Triduo Pascual, según los documentos del Concilio Vaticano II, donde podemos comprender, cómo el Espíritu Santo es el que acompaña a la Iglesia desde los inicios y a todo cristiano en las celebraciones litúrgicas donde proclamamos el misterio de nuestra salvación.

